

EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI

# JUAN ISIDRO PEREZ

## EL ILUSTRE LOCO



COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDITORIA MONTALVO  
Ciudad Trujillo, R. D.  
1944



26099

**CENTENARIO DE LA REPUBLICA DOMINICANA**

**1844-1944**





ADP.

7 1972

BN  
923.27293  
P438R2  
e.1

Al venerado Maestro  
**Dr. FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL**  
en su 90º aniversario  
(16 de sept. 1938)

*Martinez Boog - 7-4-72*

Reg. No. 000873

*Colapra*



**Primer Premio. Certamen del Centenario de LA TRINITARIA. Ateneo Dominicano. Jurado: Dr. Manuel de Js. Troncoso de la Concha, Lic. Carlos Sánchez y Sánchez, Lic. Ml. A. Amiama, 1938. (En esta Segunda Edición, ilustrada, se han introducido enmiendas y adiciones de alguna extensión. Han sido utilizados nuevos documentos y, principalmente, la semblanza de Pérez escrita por el historiador nacional García)**

# LIMINAR

Por el Dr. FED. HENRIQUEZ Y CARVAJAL



**E**L Mensajero, decenario de contenido social, económico i político, fué mi tribuna en la prensa, con absoluta independencia cívica, desde 1881 hasta 1890, cuando —tal como lo hice constar en la hoja de despedida— “un golpe de fuerza dió con el periódico en tierra i conmigo en la cárcel...”

Dos de sus ediciones, en el año, el 27 de Febrero i el 16 de Agosto, solían rendir homenaje a la Patria i sus Próceres con páginas exultadoras de sus glorias. Tal aparece, en 1883, un año antes de la apoteosis de Duarte en ocasión del traslado de sus restos a la Capilla de Inmortales en la Catedral Primada de las Indias, cuando se iniciaba el 40º aniversario de la independencia dominicana.

En esa edición se lee el romance *Los Mártires* —el primero de la serie aunque no figura en el volumen de mi romancero— consagrado a cuantos fueron i son los héroes i los próceres del martirologio nacional en la primera era de la República. Doce versos se refieren a Juan Isidro Pérez, el trinitario de la demencia i de la cordura, i cabe reproducirlos, ahora, tras un silencio de medio siglo i un lustro.



Allá a lo lejos un loco,  
que inmenso dolor revela,  
se inclina al ver en el Conde  
flotar la gloriosa enseña.

La palma mira... i se burla  
diciendo: "¡la independencia!"

Es Pérez. Del ostracismo,  
demente, al hogar regresa,  
i, por desdicha, memoria  
de su infortunio conserva...

¡Ilustre mártir! ¡Qué crimen!  
matar la luz... la conciencia!

¡Ilustre loco! Con esa concordancia sintética aparentemente paradójica, luego de considerarle como ilustre mártir, nominé en un discurso febrerista a Juan Isidro Pérez de la Paz, que fué uno de los más fieles a Duarte i de los más adictos a su ideal nacionalista.

El fué una figura de vanguardia por su gestión activa i por su altiva actividad revolucionaria, tanto en el lustro de educación cívica cuanto en el sexenio de la árdua faena trinitaria dirigida por Duarte. El es el ilustre loco. Lo fué sin menoscabo de su proceder austero i de su carácter integérrimo, por antonomasia i por excelencia. Lo abonan, con el mismo ritmo, su tragedia i la tragedia de Duarte.

Ahora acude a la memoria del alma —las añoranzas del patriotismo jamás se olvidan— el recuerdo de la cordial acogida que tuvo ese vocativo justiciero entre mis colegas de la prensa i, especialmente, en la tertulia diaria de la librería en boga, donde el monólogo le cedía al diálogo el trono para el palique político o literario. Emiliano Tejera, el estilista e historiador de Colón i de Duarte; Mariano An-

tonio Cestero, el tribuno constituyente i legislativo; i José Gabriel García, el historiador de la República, tuviéronlo por un acierto de valor histórico. El tercero lo adoptó i reprodujo, con mención honorífica, en una de sus páginas historiográficas.

## II

Juan Pablo Duarte, en 1833, recién llegado de regreso a su hogar feliz, convirtió en un aula de cultura i de civismo un saloncito de la casa paterna. Ella sería la piedra angular de la obra iniciada a su hora, pasado un lustro para expulsar al intruso del suelo hispano de la isla. Contaba, para ello, con la atracción simpática que todos le reconocían como complemento de su clara inteligencia.

El romance histórico —Duarte i la Trinitaria— inserto en el volumen recién circulado, recuerda cómo en la prima noche se reunían en torno suyo, complacidos en oírle, cuantos luego aparecerán en el primero o en el segundo grupo de los trinitarios constituídos, bajo su jefatura, en legiones de la revolución separatista.

Pérez de la Paz no fué el último en acudir a la cita del civismo i la cultura, i fué sin duda, el más adicto a la persona del joven maestro i el más fervoroso de los adscritos, luego, a la causa, nacionalista del ideal duartista. La palabra ansiosa i orientadora de Duarte fué edificando, día a día, la voluntad, la razón i la conciencia del selecto grupo. Esa palabra, a veces apostólica, fué siempre propicia al espíritu en vela, nobilísimo, de la juventud que le rodeaba i lo seguiría en su ruta revolucionaria. Los educandos, los elegidos estuvieron desde entonces a su lado i, en la hora

crítica, prestaron el juramento i lo reconocieron i proclamaron como el jefe único de la revolución i como el fundador de la Trinitaria i de la República. Era el Deseado. Era el Esperado. Era el Apóstol i el Maestro.

Juan Isidro Pérez iba a la vanguardia de los trinitarios...

### III

Emilio Rodríguez Demorizi, académico i secretario de la Academia de la Historia, asistió al concurso histórico-literario con que el Ateneo Dominicano celebró, a su turno, el Centenario de la Trinitaria. Su estudio es una biografía, o una biología, ya que en sus páginas aparece de alma entera el Ilustre Loco. Ese estudio fué laureado, sin competencia, con un primer premio. Es un ensayo digno de loa. Destaca en alto relieve la prestante figura moral i cívica de Juan Isidro Pérez i la define, a plena luz histórica, en la integridad de su acción cívica i revolucionaria i en el drama de su vida trágica. Es un estudio acabado. La silueta de ese prócer —a quien cabría considerar como el primogénito de los trinitarios que rodeaban al maestro— se ilumina con el equilibrio armónico del fondo crítico i de la forma literaria. Se le ve de cuerpo i alma. Su persona física es gentil, ágil i bella. Su persona moral es fuerte i rectilínea. Su acción es firme i dramática. Su psicología, a la vez exaltada i reflexiva, de vida selecta, es siempre trágica. Como la de Duarte. De su valor, de su hombría, dió testimonio la espada con que puso en fuga, solo, a la haitiana ronda nocturna. De su alma templada por el valor cívico, como ciudadano i trinitario, diéronlo su actitud i su gesto de cuño romano cuando, otra vez solo, se le enfrentó

al grupo reaccionario, antiduartista, i apostrofó virilmente al tozudo llanero i jefe de la montonera armada. De su lealtad i su adhesión a Duarte, la deriva del buque en que iba expulso —por aquel gesto suyo— para ir con su jefe i amigo hasta el fin de la jornada i de la tragedia.

La patria era para él, a la luz i al fuego de su acendrado patriotismo, la madre augusta, adorada i única. Duarte, para él, era el inductor, el guía, el maestro, el apóstol i el único. Era el padre de la Patria. Por eso lo ama i lo sigue en su calle de amargura. Por eso afirma, en sus iluminadoras cartas de Cumaná, una i otra vez, con emoción de exaltado patriotismo i con frase profética: “La historia dirá que tú fuiste, Juan Pablo, el maestro i guía de la juventud contemporánea... La historia dirá que tú fuiste el único que, en el seno de la Junta Gubernativa, se opuso a la cesión de la bahía...”

Y su profético vaticinio ¡oh, la falible justicia de la historia! se ha cumplido en honra i gloria del Fundador de la República...

#### IV

El estudioso escritor i académico dominicano, en los últimos pliegos de su notable ensayo, tiende las alas del espíritu hacia el campo de la psicología dramática, atraído por la locura parcial del loco cuerdo —no del cuerdo loco— que fué como una sombra iluminada en la razón clarísima i en la clara conciencia del prócer esclarecido.

Ese estudio psicológico lo llevó, sin esfuerzo alguno, a hacer un paralelo ante la sigilosa conducta de Hamlet i la

conducta diáfana del conspicuo trinitario; o sea entre la demencia filosófica del Príncipe de Dinamarca i la patriótica demencia, localizada, del austero revolucionario. El paralelo define e ilustra. Es evidente que la psicología del uno difiere, en su ritmo moral, de la psicología del otro. La tragedia mixta —de realidad i artificio— se resuelve en la duda del gran monólogo interno. La tragedia exclusiva —real i moral con un mismo ritmo— exponente de abnegación i de sacrificio, deja tras de sí una estela de luz vespertina. No es la sombra oscura de Hamlet. Es la sombra iluminada del Ilustre Loco...

La poesía emotiva, perla del alma en la primavera de la vida, dióle su numen lírico al ensayista, en hora estética, para cerrar con un llavín de oro sendos cuadros, también en líneas paralelas, el uno del drama shakesperiano i el otro de la tragedia histórica dominicana.

Ofelia surge en el primero. Es la virgen del candor i la heroína del amor, flotando sobre el velo azul del lago en silencio, cual una magnolia que se deshoja, o como un celaje que se desvanece en la penumbra del drama trágico. La Patria, la dolorosa huérfana de sus hijos legítimos, los mejores, reaparece en el segundo, mientras la luz solar, como un símbolo, se extingue en el ocaso.

Duarte no deserta de su cima. Desde ella señorea el campo de la historia, el campo de su gran tragedia heroica. A su lado, como siempre, el mártir ilustre e ilustre loco continúa viendo, con los ojos de su espíritu selecto, más allá de los horizontes de su locura épica, como crece i se ilumina la gloria de los trinitarios i la gloria óptima del Fundador de la República!

**Fed. Henríquez i Carvajal**

Julio 18 de 1938



**JUAN ISIDRO PEREZ**

**EL ILUSTRE LOCO**





Vamos a asistir a una revolución.  
Hamlet es una revolución. **Hostos**

**V**AMOS a presenciar una tragedia. La vida de Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco, es una tragedia. El escenario es la vieja ciudad de Santo Domingo bajo la cerrazón haitiana, y luego bajo el despótico señorío del General Pedro Santana. La Patria es el móvil de la acción. Entre los personajes hay figuras de Esquilo y de Plutarco. Las hay también de aquellas que el Dante halló en el Infierno y en el Purgatorio. El desenlace, la escena culminante, es la consumación de un drama histórico.

En los primeros años de la oscura dominación de Haití, en un barco que se hacía a la vela rumbo a Norte América en el remanso del Ozama, salía en viaje hacia Europa, al cuidado de don Pablo Pujol, el adolescente Juan Pablo Duarte.

El amor a la tierra natal, que se acrecienta con la ausencia, dilatábase en el corazón del joven predestinado ajeno a lo que significaría en su vida, en



la flor de su edad, esa peregrinación emprendida con propósitos de estudio y de placer, pero que sería muy pronto angustioso principio de su martirio y de su gloria.

Al tercer día de navegación sufrió Duarte una injuria que lastimó su dignidad, apoderándose tan hondamente de su espíritu que le hizo concebir el pensamiento de independizar la Patria esclavizada.

Mientras el viento henchía las velas de la ligera embarcación, Pujol y el Capitán del barco hablaban de Santo Domingo, en presencia de Duarte. Conversaban acerca de la abyección y del abatimiento en que había caído la desdichada tierra por Colón escogida para asilo de sus restos, desde que en 1822 el Presidente haitiano Juan Pedro Boyer invadió la parte española de la Isla, dándole inicua muerte al Estado soberano que acababa de crear José Núñez de Cáceres.

Dirigiéndose a Duarte, el rudo marino le hizo una pregunta, cruel saeta que abrió la primera herida de su alma:

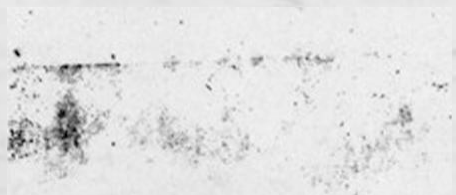
—¿No te dá pena decir que eres haitiano?

—¡Yo soy dominicano!, —respondió con firmeza el joven viajero.

—¡Tú, dominicano!, —dijo con desprecio el Capitán—, tú no tienes nombre; ni tú ni tus padres merecen tenerlo, porque cobardes y serviles inclinan la cabeza bajo el yugo de sus esclavos.



Salía en viaje hacia Europa, al cuidado de D. Pablo Pujol, el adolescente Juan Pablo Duarte...



El sonrojo, el dolor de la verdad, le sellaron los labios al injuriado adolescente, pero, en cambio, en su mente había surgido, de súbito, una intensa y fuerte luz que nunca más le dejaría: la idea separatista, la expulsión del usurpador haitiano y la creación de la República.

Por el año de 1832 Duarte está de retorno. Ha estado en España, en Francia, en Inglaterra; en Barcelona aprendió la lengua del Lacio, filosofía y matemáticas; por todas partes contempló el ignorado espectáculo de la civilización y de la libertad. Pero, lo que tuvo en él más honda repercusión, más dilatado eco, fueron los sucesos políticos que agitaron a la monarquía española, y las doctrinas liberales que, durante la menor edad de la reina Isabel II, aspiraban al restablecimiento de la Constitución de Cádiz, en pugna con las nuevas ideas de gobierno consagradas luego en el Estatuto Real de 1834.

Al llegar al Ozama, entre los numerosos amigos y parientes que van a darle la bienvenida, figura el Dr. Manuel María Valverde, quien se adelanta a preguntarle:

—¿Qué es lo que más te ha llamado la atención y agrado en tus viajes?

Duarte respondió con énfasis:

Los fueros y libertades de Barcelona, fueros y libertades que espero demos nosotros un día a nuestra patria.

En tan magna empresa, —exclamó el Doctor Valverde—, cuenta con mi cooperación.

Ambos cumplirían sus votos y cosecharían las desazones de la proceridad; la misma vigilia borraría el sueño de sus ojos; la misma fuerza despótica los arrojaría al ostracismo.

Fiel a sus altos empeños, el primer cuidado de Duarte es captarse las simpatías de la juventud: con mesiánico fervor dedícase a moldear “la mente y el corazón de sus amigos”. En las espesas nieblas de la dominación haitiana, Duarte es una luz, fuerte y esperada luz surgida de improviso. Su hogar es una escuela; enseña lo que él sabe, pero más que esto, enseña a sentir lo que él siente, a meditar lo que él medita, a considerar como agravio de todos las ásperas palabras del Capitán del barco que le condujo al extranjero.

Entre los jóvenes que rodean a Duarte hay uno de corazón grande y magnánimo, “valiente sin ostentación, pundonoroso sin orgullo, digno por educación y por temperamento”, leal como ninguno, de mente tan sensible, que su claro juicio es un fino cristal: cristal tan diáfano y tan puro que bastaría la luz para romperlo! Es, también, el más infortunado de todos: Juan Isidro Pérez de la Paz.

El amoroso hijo de Chepita Pérez nació en la ciudad de Santo Domingo en el año de 1817, un lustro antes de iniciarse la dominación haitiana. Reci-

bió la instrucción primaria en una de las pobres escuelas que lograron salvarse del naufragio de la cultura, en aquella infausta época; y la instrucción superior en el instituto fundado por los dominadores en las postrimerías del “cautiverio babilónico”, inaugurado por Monsieur Arquiere y luego regido por el profesor Augusto Brouard. No se limitaron a esa escuela las ansias de saber de Juan Isidro Pérez: asistía puntualmente a las clases de latinidad y de filosofía que daba en la Villa de San Carlos el Pbro. Gaspar Hernández; acercábase, en busca de consejos, —como acostumbraban hacerlo los estudiantes de su tiempo—, al docto Juan de Dios Cruzado y al insigne Pbro. José Antonio de Bonilla, “fuentes de saber siempre abiertas para apagar la sed de luces”.

Este cálido amor al estudio, esta inquietud espiritual de Juan Isidro Pérez, es una fuerza más que le une a Duarte. Su corazón se inflama con las prédicas del ilustre patricio; su pensamiento, siempre iluminado, toma nuevas proyecciones; y como la madre participa de los ensueños del hijo, hacia su hogar, como hacia el establo de Belén, se inclina la estrella de una nueva anunciación...



## II

**E**S el año de 1838; es el lunes 16 de julio, día del Carmen, en que la Santa Iglesia Católica celebra el triunfo de la Santa Cruz. La noche haitiana extiende su pesaroso manto sobre el día, ajeno a la secreta lumbre encendida en su seno.

Desde temprano se abren las puertas de la humilde casa de Chepita Pérez, frente a la Iglesia del Carmen, en la antigua calle del Arquillo. Uno tras otro van llegando, solemnes, silenciosos, Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Felipe Alfáu y Bustamante, José María Serra, Jacinto de la Concha, Félix María Ruiz, Juan Nepomuceno Ravelo, Benito González. ¿Qué gozo es el que desborda el corazón de Juan Isidro Pérez, al recibirlos y abrazarlos en su propia casa, que desde ese instante queda glorificada para siempre? ¡Este gozo bien vale su futura desgracia!

Los nueve próceres, la augusta asamblea, inicia



sus deliberaciones: trátase de darle forma al ideal patriótico de Duarte, de sacudir el abominable yugo haitiano, de crear una nueva nacionalidad. Duarte es el primero en hablar; y habla como si despertara de un hondo sueño:

Amigos míos: unidos aquí con el propósito de ratificar el que habíamos concebido de conspirar y hacer que el pueblo se subleve contra el gobierno haitiano, a fin de constituirnos en estado libre e independiente con el nombre de República Dominicana, vamos a dejar empeñado nuestro honor y vamos a dejar comprometida nuestra vida. La situación en que nos coloquemos será muy grave y tanto más cuanto que en entrando ya en este camino, retroceder será imposible. Pero ahora, en este momento hay tiempo todavía de rehuir toda clase de compromiso. Por lo tanto, si alguno quisiera separarse y abandonar la causa noble de la libertad de nuestra patria querida...

—¡No! ¡No! ¡Yo no me separo! ¡Ni yo!, —le interrumpen sus compañeros y discípulos.

—Pues bien, hagamos este juramento irrevocable, —dice Duarte—, a la vez que pronuncia el solemne voto:

EN NOMBRE DE LA SANTISIMA, AUGUSTISIMA E INDIVISIBLE TRINIDAD DE DIOS OMNIPOTENTE: JURO Y PROMETO POR MI HONOR Y MI CONCIENCIA, EN MANOS DE NUESTRO PRESIDENTE JUAN PABLO DUARTE, COOPERAR CON MI PERSONA, VIDA Y BIENES A LA SEPARACION DEFINITIVA DEL GOBIERNO HAITIANO, Y A IMPLANTAR UNA REPUBLICA LIBRE E INDEPENDIENTE DE TODA DOMINACION EXTRAN-



Pues bien, hagamos este juramento irrevocable...



JERA, QUE SE DENOMINARA REPUBLICA DOMINICANA, LA CUAL TENDRA SU PABELLON TRICOLOR EN CUARTOS, ENCARNADOS Y AZULES, ATRAVESADO CON UNA CRUZ BLANCA. MIENTRAS TANTO SEREMOS RECONOCIDOS LOS TRINITARIOS CON LAS PALABRAS SACRAMENTALES: DIOS, PATRIA Y LIBERTAD. ASI LO PROMETO ANTE DIOS Y EL MUNDO. SI TAL HAGO, DIOS ME PROTEJA; Y DE NO, ME LO TOME EN CUENTA, Y MIS CONSOCIOS ME CASTIGUEN EL PERJURIO Y LA TRAICION, SI LOS VENDO.

Todos firman con sangre el trascendental documento: nueve cruces. Desde ahora algunos de ellos llevarán la suya sobre el corazón; otros la arrojarán en medio del camino.

Al firmar el último, Duarte habla de nuevo:

No es la cruz el signo del padecimiento; es el símbolo de la redención; quede bajo su égida constituida **La Trinitaria**, y cada uno de sus nueve socios obligado a reconstituirla, mientras exista uno, hasta cumplir el voto que hacemos de redimir la Patria del poder de los haitianos.

Así termina la grandiosa escena. Ha nacido **La Trinitaria**! El barrio está de fiesta, música y campanas. Ya no está sola, en el alegre vecindario, la pequeña Iglesia del Carmen: desde este día la casa de Chepita Pérez es también un sagrario.

**La Trinitaria** inicia muy pronto su organización y sus patrióticas faenas. Cada trinitario tiene una divisa y un nombre, un seudónimo tomado de la mitología o de la historia.

Duarte pide la divisa amarilla, pero Juan Isidro, —que ha sido nombrado Coronel del futuro ejército dominicano—, se la disputa amablemente: “Esa es la mía, —dice—, significa la Política... La tuya es azul celeste, que significa gloria y es la que te pertenece”. Pina toma el rojo, “como significación del fuego sagrado que ardía en su corazón”. Sánchez el verde, la esperanza de gloria y de martirio.

El seudónimo de Duarte es Arístides; Simón, el de Vicente Celestino Duarte; Leonidas, el de Benito González; Temístocles, el de Juan Isidro Pérez. Como el gran ateniense que era presa de honda y pensativa melancolía, cercana de la locura, ante los triunfos de Milcíades, Pérez también se hundiría en el abismo de melancólicas y amargas meditaciones frente a la visión que turbaría la claridad de su conciencia: los triunfos de Santana sobre los próceres duartistas.

Duarte mismo comienza a conquistar adeptos para La Trinitaria. A Félix María Del Monte le dice, a la vez que dibuja un círculo:

Mira, hijo, este círculo: éste es el centro y estos son los radios. Cada extremo de un radio representa un miembro de la asociación que debe iniciar dos, sin que sepan del centro ni de los demás grupos o radios. Si hay traición, perece uno; pero la Asociación sigue incólume...

Es una gran familia la de los próceres; una hermandad en la que es claramente visible el viejo propósito de Duarte de intensificarla y de aumentarla

cada día: Juan Isidro Pérez y Tomás de la Concha son compadres; Duarte, José María Serra y Wenceslao de la Concha presencian como testigos instrumentales las bodas de José María Caro, el 15 de noviembre de 1833; en esa misma calidad asisten Duarte y Wenceslao de la Concha, el 21 de agosto de 1835, al matrimonio de Fernando J. Gómez y de María Guadalupe Alfáu, la bella hermana del trinitario Felipe Alfáu; Pérez y Mella también tienen viejos vínculos: en las bodas de éste con Josefa Brea, el 30 de agosto de 1836, Juan Isidro firma como testigo; el 25 de enero de 1837, Duarte suscribe como testigo el acta de las nupcias del prócer Manuel María Guerrero; Duarte y el patriota Dr. Manuel María Valverde también sirven de testigos, el 30 de enero de 1838, en el matrimonio de Juan Nepomuceno Tejera y de Ana María Penson, padres del ilustre Emiliano Tejera; Duarte y Félix María Ruiz son compadres: el Apóstol es el padrino de Petronila Ruiz, nacida el 29 de junio de 1841; Duarte es dos veces compadre de Pedro Alejandrino Pina: ha bautizado a dos hijos de éste: Aurelia y Juan Pablo; Tomás de la Concha y Duarte se quieren como hermanos, son cuñados: Tomás es el novio de Rosa Duarte, la devota hermana del Maestro. Entonces, el compadrazgo era una alianza poco menos que sagrada y que pesaba tanto como la sangre: ser compadres era mucho más que ser hermanos. Pero hay otros invisibles lazos que les unen: el fervor patriótico; el juramento de **La Trinitaria**; las fraternizadas prédicas de Duarte; las comunes ansias de liber-

tad; el ascendiente de la raza hispánica en pugna con la raza de sus antiguos siervos.

Pérez de la Paz es de los que están más cerca de Duarte; es su sombra; es de los que extienden con más cálido afán, con más nerviosa actividad, la red entretejida en los secretos conciliábulos de **La Trinitaria**; es de los más adictos al Maestro; y cuando la deserción asoma en las filas trinitarias, él es de los que no se desalientan, sino que cobran nuevas fuerzas y nuevos entusiasmos. Su patriótico desvelo no se interrumpe, ni aún durante el aparente eclipse de **La Trinitaria**. Su adhesión a Duarte es tan entrañable, que nunca actúa más allá de la esfera de acción de su Maestro. Hasta su propia luz, su luz íntima, no se reenciende y aviva si no le llega alguna irradiación de la de Duarte.

Por eso Juan Isidro Pérez nunca será tráfuga de sus arraigados ideales. Nunca hará bandera de mentidos principios, una y otra vez, para venderlos luego a precio vil, ni por dádiva alguna ni por las pasajeras voluptuosidades del poder. Es un alma incorruptible, fiel a sí mismo, fiel a Duarte, más que ningún otro prócer de los que hicieron el juramento trinitario. Podría decirse que él es el mismo Duarte que actúa y vive en un ser distinto su atormentada vida de pasión, como si el espíritu de un hombre pudiese, antes de la muerte, reencarnar en otro hombre.

### III

**D**E La Trinitaria no tarda en nacer la **Sociedad Filantrópica**. Es ésta continuación de aquélla; anímanla los mismos propósitos, aunque aparenta fines culturales y recreativos que le permitan luchar y sobrevivir entre el recelo y el tiránico señorío de los dominadores. El Teatro, construído a expensas del patriota Manuel Guerrero en el arruinado edificio de la Cárcel Vieja, frente a la Plaza de la Catedral, es el arma que la **Filantrópica** esgrime contra el usurpador. No ignoran los patriotas que el teatro es fiel “espejo de la vida, sanción de procederes”, poderoso reactivo del fervor ciudadano.

De la **Filantrópica** surge, a su vez, una **Sociedad Dramática** formada por próceres aficionados al teatro, con el secreto designio de despertar el espíritu público dominicano y de allegar recursos para los trabajos separatistas. Los papeles son distribuídos entre los actores y a cada uno se le señala el traje para la representación, que ha de hacer a su costa. Si sobran



boletines de entrada, se reparten entre los asociados de la **Filantrópica**, que también han de pagar su precio.

Duarte, a causa de su ligera inclinación de la nariz, no puede representar correctamente, pero dice que ha de hacer algo y sirve de Apuntador, a fin de ahorrarle a la Sociedad los ocho pesos que cuesta el apunte. En una pieza dramática aparece una fuente. Después de mucho vacilarse, colocan bajo las tablas una pipa en que se recoge el agua que cae de la fuente. Dos de los actores se encargan de la pesada faena y durante toda la representación no descansan trasegando el agua. Al final, Duarte sale de su concha de Apuntador diciendo que está empapado en agua y sudor... El ejemplo de Duarte es el mayor estímulo en la farsa.

Afortunadamente, las autoridades no le atribuyen importancia a esta asociación, pero ordenan que asista a sus veladas el Jefe del Parque de Artillería, Coronel Santillana, quien, "testigo de las discusiones a que daba lugar la censura de ésta o aquella pieza dramática, el orden de las decoraciones, su mayor o menor espectáculo", no vacila en asegurar a sus superiores que se trata de "cosas de muchachos", y que "es útil que los jóvenes haitianos imiten a los dominicanos". Esa ingenua declaración favorece prodigiosamente las miras de los patriotas, y mientras los haitianos declaman torpemente una pieza de Racine, los dominicanos hacen estremecer al público que aplaude frenéticamente a los actores de **Bruto o Ro-**

ma libre, de Alfieri; de la **Viuda de Padilla**, de Martínez de la Rosa, y de **Un día del año 23 en Cádiz**, de Ochoa.

De este modo pueden los próceres aprovecharse continuamente del teatro, principalmente del español, abundante en obras en que el espíritu de nacionalidad, exacerbado por la invasión napoleónica, no perdía ocasión de zaherir y ridiculizar en la escena a los franceses. En la representación de una de las piezas de Martínez de la Rosa, a un personaje que habla de los insultos que ha proferido en un altercado, le preguntan:

—¿Y no le dijiste francés?

—¡Ah! nó. Las injurias no llegaron hasta ese grado.

En la última escena de **Un día del año 23 en Cádiz**, el Edecán del Capitán General se presenta de orden superior al Director de la Sociedad y le intima la presentación de la pieza dramática, a fin de cerciorarse de si constaba en ella un tendencioso concepto estrepitosamente aplaudido por el público dominicano:

¡Me quiere llevar el diablo cuando me piden pan y me lo piden en francés!

Atacar lo francés, lo que no es español, es un modo de atacar lo haitiano. En pugna las dos lenguas, la francesa, que es la del dominador, es señal de oscuro y odiado predominio; la española, la de los tri-

nitarios, signo y distintivo de libertad. Así despierta el amor patrio en el aletargado espíritu de los dominicanos.

Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Jacinto de la Concha, Félix María Del Monte, Remigio del Castillo, José María Serra, Pedro Antonio Bobea, Tomás Troncoso, Luis Betances, Fernando Gómez, José García Fajardo, José María Pérez Fernández, Joaquín Gómez, Juan Bautista Alfonseca, Manuel Guerrero hijo, son los actores. Dos veces actores: en la solemne farsa y en la tragedia real que viven, rodeados de negros dominadores, desde que nacieron a la razón, y rodeados de enemigos, desde aquel 16 de julio en que juraron perecer o ser libres. Juan Isidro es el más vehemente de todos, el que se apodera más hondamente del trágico papel que desempeña. Anímanle tanto ardor y entusiasmo en sus personificaciones, tan admirablemente actúa en los papeles trágicos, que siempre arranca largos y estruendosos aplausos a los espectadores, particularmente cuando representa personajes históricos como Bruto, el matador de César, o como Riego, el héroe español enemigo de Francia; o cuando en la exaltada parodia de algún tribuno que excitaba al pueblo “a la rebelión y a la conquista de sus derechos”, de tal modo se identifica con esas situaciones que llega hasta el delirio.

En la representación de **Bruto o Roma Libre**, del “primer trágico del mundo”, como llaman los hiperbólicos carteles a Vittorio Alfieri, nadie le disputa a

Juan Isidro Pérez la personificación de Bruto. En la escena, al final del último acto, ya muerto César, crece la intensidad dramática. Habla Bruto y el Pueblo responde, enardecidos por el mismo sacro fuego de libertad. El Teatro es una hoguera de viril entusiasmo, avivada por el violento soplo de la pasión que centellea en los ojos, en la palabra, en los ademanes de Juan Isidro Pérez. Su voz firme y robusta llena de ardor el exiguo anfiteatro. Primero se oye grave y serena y luego, como el agua que corre sosegada antes de despeñarse, lanza estentórea el grito de

¡Muerte o libertad!

El diálogo, lento al principio, brusco y rápido después, también está lleno de alarmantes alusiones para actores y espectadores:

### Bruto

Rindamos testimonio a nuestros dioses de gratitud; el rey de Roma ha muerto... Pero Bruto ha matado al propio padre, y merece morir... ¿Vivir querría acaso?... Por un instante es mi deber, en tanto me entrego a hacer seguro con vosotros el renacer de nuestra amada patria.

Alto y fuerte deber de ciudadano libertador, es lo que cumple a Bruto; para ello vivo; mas, con propia mano, inmolarsé después sobre la tumba paterna, también le cumple al hijo parricida cruel del grande César...

Sea llama vuestra acción; alta es la empresa  
y digna de nosotros, para que haya  
plena y eterna libertad en Roma.

**Pueblo**

Sí, tras de tí, por Roma estamos prontos  
a todo.

**Bruto**

Vayamos sin tardanza  
al Capitolio, sacro y caro asiento  
de nuestra libertad. ¿Dejarlo en manos  
podríais de traidores?

**Pueblo**

¡Arranquemos  
la sacra roca a la traición!

**Bruto**

A la muerte  
vayamos: ¡O muerte o libertad!

**Pueblo**

¡Muerte con Bruto, o libertad tengamos!

Mientras el telón cae rápido, es tal la explosión  
de arriesgado entusiasmo provocada por Pérez en su  
ardorosa personificación de Bruto, que desde los palcos  
aplauden y gritan resueltamente:

¡Haití como Roma!

Así, Juan Isidro Pérez representa su propio drama, el drama de los patricios trinitarios, llevado a la escena antes de hacerlo viva realidad. Por eso él es un Hamlet que todavía no ha perdido la razón, o fingido su genial locura. Porque... todos somos Hamlet en potencia!

Quizás ninguna tragedia de las que representan los patriotas exalte más al pueblo que **La Viuda de Padilla**, de Martínez de la Rosa. Los personajes: La Viuda de Padilla, Pedro López de Padilla, Pedro Laso de La Vega, Mendoza, Hernando de Avalos, Miembros de la Junta de Toledo, Un niño, hijo de Padilla, Pueblo, Conjurados. La escena, en Toledo, en un salón del Alcázar. Asunto: la Guerra de las Comunidades de Castilla. Los Comuneros, cruz roja al pecho; los Imperiales, cruz blanca. ¿No sería ésta la cruz blanca con que Duarte forjó el símbolo de la libertad dominicana?

La acción no puede ser más trágica ni identificarse mejor con el estado de espíritu de los actores y patriotas y de quienes, entre los espectadores, ven en la escena algo más que la farsa teatral ejecutada con tanta vehemencia. El dominador, sorprendido, no comprende el secreto, pero su alarmada suspicacia le indica que hay en ello algo siniestro, como primera nube precursora del huracán.

En la primera escena del acto segundo, López de Padilla inicia el diálogo. ¿Quién lo personifica? Quizás el mismo Juan Isidro Pérez. Decir Toledo, lugar

de la escena, equivale, para actores y espectadores, a decir Santo Domingo. Las palabras vil servidumbre, ruina, fiero opresor, venganza, patria, llenan de angustioso ardor los corazones:

LOPEZ

Amigos, sostenedme; apenas puedo,  
combatido de afectos tan contrarios,  
mover la débil planta... Mil memorias  
del hijo que perdiera, el triste cuadro  
que me ofrece Toledo, sus horrores,  
su ruina y orfandad, a cada paso  
mi pie detienen. — Con la faz llorosa,  
quién me anuncia la muerte del hermano,  
quién la del padre o la de caros hijos,  
a guerra tan cruel sacrificados.

AVALOS

¡Dichosos, pues murieron por la patria!  
Libres vivieron; libres expiraron.

LOPEZ

¡Dichosos!... sí: no vieron a sus hijos  
perecer con infamia en un cadalso,  
cual yo, mísero padre...

AVALOS

Ni la ruina  
de la vencida patria presenciaron,  
ni su vil servidumbre, ni el orgullo  
de su fiero opresor.

## LOPEZ

Hernando, Hernando,  
¿aún no está satisfecha tu venganza  
con tanta asolación, con tanto estrago?

## AVALOS

Mi venganza lo está, mas nó la patria.

En la tercera escena la Viuda de Padilla dialoga ardientemente con el anciano López de Padilla. Más que mujer parece iracunda deidad:

## LOPEZ DE PADILLA

Lidiar sin esperanzas, arruinarse  
y no salvar la patria, temerarios  
del cielo resistirse a los decretos,  
no es fortaleza, es frenesí.

## VIUDA

Juramos  
ser libres o morir; y el cielo mismo,  
que dió el injusto triunfo a los tiranos,  
nuestro voto aceptó: pues que nos veda  
el ser libres, nos manda que muramos.

## LOPEZ

Ten el labio; no insultes imprudente  
al cielo con tus voces: irritado  
de tanta y tanta sangre derramada,  
sólo la paz prescribe, que entre hermanos  
jamás debió romperse.



## VIUDA

No lo eran  
 los que a la patria mísera cargaron  
 de cadenas; sus crudos enemigos  
 llámense, y no sus hijos... ¡Castellanos  
 y ansiar la esclavitud!... Nó, no lo eran.

## LOPEZ

Cuando yerma la patria y desangrado  
 el reino en ocho siglos de combates,  
 apenas respiraban del insano  
 yugo agareno; ¿entonces más furiosos  
 contra nosotros mismos desnudamos  
 el acero homicida, de la patria  
 el afligido seno destrozando?...

Duélete de su mal; y no redoblen  
 sus mismos hijos su mortal quebranto:

Duélete; que harta sangre, hartos horrores  
 le costó sacudir el yugo extraño.

## VIUDA

¿Y el propio ha de sufrir?... Por ocho siglos  
 decís que nuestros padres batallaron,  
 por rescatar la patria; ¿y ahora esclava,  
 entregada a merced de los tiranos,  
 la dejarán sus vergonzosos nietos?

Luego, concentrando en sus ojos toda la luz de  
 su alma y en su voz todas las energías de su ser, ex-  
 clama:

¡Nunca es rebelde una nación entera!

En el clímax de la primera escena del tercer acto, la ardorosa mujer invoca el nombre del esposo asesinado, de Padilla. ¡Padilla!, prorrumpe a coro el Pueblo, y ella responde:

Nó: no profanéis su nombre,  
al ir a demandar, cual suma gracia,  
que os concedan vivir entre cadenas;  
no pronuncie su nombre quien no arda  
de libertad en el furor divino!

Y el Pueblo, enardecido, grita:

¡O muerte o libertad!

Al trágico dilema contesta la Viuda de Padilla:

Muerte, y no infamia.  
¡Libertad! al lidiar en los combates,  
el infeliz Padilla apellidaba;  
¡Libertad! al caer lleno de heridas;  
y al cortar la cuchilla su garganta,  
de ¡libertad! el sacrosanto nombre  
entre sus yertos labios resonaba.  
¡Imitadle! — Murió por vuestra gloria;  
o vengadle, o morid: él os lo manda.

Ni Mendoza ni Lazo de La Vega logran aplacar su hirviente cólera. Antes exclama:

¡Yo rendida  
ante los pies del vencedor, pidiendo  
besar la torpe mano salpicada

con sangre de mi esposo!... ¡Antes los cielos  
castiguen mi perjurio con sus rayos!  
¡Antes morir mil veces!

El final de la segunda escena del quinto acto, que es también el final de la tragedia, es el momento culminante. Los conjurados cercan el Alcázar de Toledo. La Viuda de Padilla prefiere la muerte a la infamia de la esclavitud. Mendoza le promete guardar su honor y vida, y ella le responde:

La de un hijo  
encargo a tu cuidado... ¡Ultimo obsequio  
que puede hacerte mi amistad! Defiende  
su débil existir... graba en su pecho  
el amor a sus padres, la memoria  
de su gloriosa muerte, y odio eterno  
a los viles tiranos!... Teman, teman  
que preserve su vida el justo cielo,  
para vengar a la oprimida patria!

A lo lejos suena el estruendo de los conjurados. La Viuda, dice, como si hablase con un ser desconocido:

Ya te veo,  
terrible sombra, alzarte amenazando,  
y señalarme el desangrado cuello  
y las hondas heridas... Ya te escucho  
recordarme el tremendo juramento...  
¡antes muerta que esclava! Vuelve, vuelve  
al sepulcro tranquilo... Te obedezco.



Desde la concha, Duarte apunta con intensa emoción...



Crecen la confusión y el estruendo. Pueblo y conjurados prorrumpen desde dentro del Alcázar:

¡Perdón! ¡Perdón!

¿Escuchas los acentos? Pregunta el fiel Mendoza. Y la Viuda responde:

Me apresuran la muerte...

Te perdonan... dice Mendoza. Entre los espectadores hay tremenda sensación. Dominados y dominadores viven la honda angustia del desenlace. Hierve la sangre de los actores. Desde la concha, Duarte apunta con intensa y jubilosa emoción.

Dirigiéndose al tropel de conjurados que se acerca, armas y hachas encendidas, la Viuda de Padilla dice sus últimas palabras:

Esclavos, que abomino y que desprecio,  
gozad vosotros del perdón infame;  
mi libertad hasta el sepulcro llevo...

Prontamente saca un puñal y se hiere el corazón. Al caer la sostiene Mendoza. Ha cumplido su voto de morir o ser libre. Cae el telón. Es el fin de la tragedia.

Desde la Plaza de Armas se oyen los aplausos, mientras, entre bastidores, los actores comentan: es la victoria; ya están encendidos los ánimos para la lucha contra el déspota; es la obra de Duarte en

marcha. Y ahí está, demudado, como tras dramática faena, el vehemente Juan Isidro Pérez. ¿No verá el ardoroso trinitario, en su propia madre, a la Viuda de Padilla? ¿Quién la encarnara mejor? ¿No se había ofrecido ella misma y a su hijo, en holocausto, al fundarse en su casa **La Trinitaria**? ¿No es ella la primera mujer iniciada en el grave secreto de la ilustre Sociedad? Por eso en la proceridad de Juan Isidro Pérez y en su futura desdicha, siempre está presente la augusta madre; siempre hay en el apasionado hijo algo de su amor filial y de su amor de patria estrechamente confundidos.

El teatro, fecunda sementera de patriotas, no es un simple lugar de evocaciones, sino de mágica resurrección de los hechos del pasado. Siempre la historia interesa por "causas actuales". Por eso en las tragedias del tiempo ido, buscan los patriotas el mejor símil de sus propias tragedias. Así se acrecienta la aversión entre las dos razas representadas en los espectadores; divídese el elemento dominicano del haitiano; prepárase la enardecida juventud para la empresa separatista. Ni a Pérez ni a sus valerosos compañeros les amedrentan las terribles amenazas del gobernante haitiano, del General Carrié: inútilmente acúsanles de conspirar y de introducir en sus representaciones teatrales diálogos y frases que tienden a subvertir el orden político. La honda de David ha lanzado la piedra y se ha clavado en la frente de los usurpadores.

En las patrióticas veladas de **La Filantrópica**,



Juan Isidro declama uno de esos versos, pobres de gracia poética, pero cargados de alusiones contra los dominadores, que más tarde, en las tristes postrimerías de su vida, en sus lúcidas horas de evocación, recitará a su amigo Enrique Montañón en el hogar del anciano José de los Reyes:

Tú, Napoleón, bastardo soberano,  
tú del reino de España usurpador,  
para recuperar nuestro favor  
verás un león en cada castellano.

Teme desde hoy las iras de Vulcano,  
al ejército español, ténle temor,  
porque yo te aseguro que esta vez  
o no queda en el mundo ni un francés  
o se acaba hasta el nombre de español.

Tras de gloria al espacio te lanzaste,  
con gloria del espacio descendiste,  
más poder y más gloria apeteciste  
y en pos de gloria y de poder tornaste.

Alas te dió ambición, te remontaste,  
¡oh! ¡cruel destino! Icaro fuiste,  
los cielos escalar imaginaste  
y en el abismo sin poder te hundiste.

¿Qué resta hoy del coloso de la Europa,  
jefe invencible de aguerrida tropa?  
Lanzad una mirada a Santa Elena  
tumba del héroe de Austerlitz y Jena.

Duerme en paz, hombre temido,  
duerme tu sueño profundo,



que mientras estás dormido  
puede descansar el mundo.

Duerme en paz en tu alba cuna  
gran coloso de la Guerra,  
con tu frente allá en la Luna  
y por pedestal la tierra.

#### IV

**L**A naturaleza, que no hace nada en vano, —lo recuerda Aristóteles—, y que no deja de asociarse a los grandes acontecimientos de la historia, vino a poner en la tierra dominicana el trágico sacudimiento que agitaba el alma de sus infortunados moradores. El espantoso terremoto del 7 de mayo de 1842 destruye parcialmente las principales ciudades de la Isla, mas no interrumpe los patrióticos trabajos de los conspiradores, sino que les transmite nuevo impulso. La cercanía de la muerte hace menospreciar la vida y la fe religiosa hace ver la catástrofe como un castigo de Dios para los desordenados opresores. El pueblo, lo decía una copla, imploraba angustiado la caridad celeste:

El día siete de mayo  
del año cuarenta y dos,  
pedíamos todos de rodillas:  
¡misericordia, señor!

Frente a la gran tragedia, ¿qué conmoción habría en la mente de Juan Isidro Pérez, siempre abismada en la persistente idea de la Separación? En el cristal de su espíritu se abriría una invisible grieta, que sus próximas desdichas harían más honda y larga.

El cataclismo hace que el Clero estimule aún más la obra de los trinitarios. En la improvisada Iglesia de la Misericordia, el Padre Gaspar Hernández y el Padre Pedro Pamiés mezclan en sus cálidos sermones cosas divinas e intencionadas exhortaciones a la feligresía. El humilde observante Fray Pedro repite, en presencia del General Carrié y de la ardorosa juventud dominicana, palabras de David plenas de alusiones: **Si el Señor no guardare la ciudad, inútilmente se desvela el que la guarda...** De sus labios fluye, pausado, el comentario del salmo:

Y por esto mismo todos los que gobiernan deben reconocerse sujetos a un poder superior, el cual sin mudarse él mismo ve mudarse todo el mundo, y hace todas las mudanzas por un consejo inmutable dando y quitando el poder, trasladándole de un hombre a otro, de una casa a otra y de un pueblo a otro, para manifestar que no le tienen sino como prestados...

Tras el exordio explica el objeto de su discurso, ante la misma autoridad haitiana que menosprecia y desmedra el culto tradicional de los dominicanos:

Os haré ver que no puede haber orden público sin Re-



ligión... tampoco puede haber libertad pública sin Religión...

En la grave peroración no faltan las obligadas citas del Evangelio, de Platón y de Sócrates, de Bossuet y Montesquieu:

La religión es la vida del cuerpo político; no le queda más alternativa que conservarse con ella o disolverse sin ella...

Entre tanto, Duarte, el esclarecido fundador de **La Trinitaria**, sigue a la cabeza de sus resueltos legionarios, transmitiéndoles la firmeza de sus convicciones y adiestrándolos en el manejo de las armas. Un nuevo aliento místico le invade, como si él viera en el estremecimiento de la tierra promisoro señal del cielo. Juan Isidro Pérez, que siempre es el primero en el fervor heroico profesado al Maestro, es también el más hábil en el juego de la espada de cruz, el primer espadachín. Y no le falta la oportunidad de demostrarlo. Un día, en el barrio del Carmen, él solo se defiende de la patrulla haitiana que trata de impedir que continúe el juego de San Andrés a que estaba entregada la juventud del vecindario. Sale airoso del lance con la desbandada patrulla, y luego se le enfrenta a un oficial, hombre de acción, en singular combate, en el que “deja bien puesta su reputación de valiente y generoso”. Cuando el alarmado General Carrié manda registrar la casa de los Pina, —porque le han denunciado que los conspiradores guardan allí sus armas—, Juan Isidro Pérez

acude a ella, y compromete al grupo de jóvenes que le acompaña a poner en libertad a sus compañeros, que han de ser encarcelados si triunfa la calumnia.

Así crece, día por día, la fama del patriotismo y del valor de Juan Isidro Pérez. Ya pueden preguntarse si es un loco. En efecto, está tocado con esa mitad o ese cuarto de locura que a todos nos honra. Pero, ¿qué es un loco? Un loco puede ser un genio, un sabio o un héroe. “Las grandes generosidades, —dice el autor de *Manicomio*—, parecen siempre insensatas ante la razón egoísta. Cristo y Don Quijote no fueron razonables. Toda santidad, toda heroicidad, tiene un viso fulgurante de enajenación, y toda tristeza no resuelta en actos está próxima a esa forma leve de locura llamada neurastenia. La locura se asemeja a los venenos curativos: un miligramo puede salvar, un centigramo basta para perder. Cuando los dioses, por descuido o maldad, alteran la dosis, el drama sobreviene. Por eso el dictado de loco no puede rechazarse como una ofensa; es preciso ser algo loco”. “Reparad bien, dice Erasmo, que nunca he pretendido que fuera necesario dar indistintamente el nombre de demencia a todos los absurdos de los sentidos y del espíritu”, y agrega: “Es tan extenso mi predominio que, entre todos los mortales, dudo que sea posible encontrar uno sólo que sea sabio en todo momento y que no esté poseído de cierta especie de locura”.



El solo se defiende de la patrulla haitiana...



**E**L agitado año de 1843 es de intensa actividad política. Como en Haití se conspira contra el Presidente Boyer, Duarte halla propicia la ocasión para contribuir, en connivencia con los revolucionarios haitianos, a la caída del viejo Dictador, derrocado muy pronto por la revolución de la Reforma iniciada en Praslin a fines de enero. Con admirable intuición política Duarte había comprendido que romper la poderosa unidad del gobierno dominador era un anticipo de la victoria definitiva y que de ese modo sería más fácil llevar a término su empresa.

Así, en la tarde del 24 de marzo se da en Santo Domingo el grito de **Reforma**, el pronunciamiento contra el gobierno boyerista. Duarte está a la cabeza del pueblo. Sánchez, Pina y Pérez se reúnen, a caballo, en la Plaza del Carmen, frente a la casa de Chepita Pérez, y de ahí salen en busca de Duarte. Como Duarte está desarmado, el generoso Juan Isidro Pérez le brinda su espada. Pronto se produce una



refriega en la Plaza de Armas, donde muere el Coronel Cousin. Capitula el General Carrié, representante de Boyer en Santo Domingo. ¡Está vengado el prócer José Núñez de Cáceres!

Pérez de la Paz es de los más resueltos conspiradores y de los que prestan más activo y eficaz concurso en el movimiento reformista, lo que le vale que le designen, por aclamación, Capitán de una de las Compañías de la Guardia Nacional; y él se aprovecha de ello para promover, entre la oficialidad dominicana, el proyecto de designar a Duarte Coronel Comandante de la Guardia, en hostil oposición al candidato de los oficiales haitianos. Pero los planes de los duartistas quedan frustrados frente a las tendencias antiliberales del nuevo gobierno de Haití, a cuyo triunfo contribuyeran, lo que les impulsa a enfrentárseles con resolución inquebrantable en las bregas políticas y en las contiendas eleccionarias que le dieron popular renombre a los duartistas, particularmente a Duarte, Sánchez, Mella, Pina y Pérez. Desde este momento decisivo de la causa separatista, extranjeros y dominicanos reconócenles como principales caudillos de la revolución. Es la victoria "del derecho contra el hecho, precursor de la alcanzada después en la noche del 27 de febrero".

El Padre Gaspar Hernández tampoco ve en silencio el movimiento reformista. El 30 de abril, en la acción de gracias al Todopoderoso por el feliz suceso del grito de **Reforma**, celebrada en la Capilla de la Misericordia, sube al púlpito. Las nuevas autorida-

des, el General Desgrotte, el General Aly, dominicanos y haitianos, llenan la estrecha nave de la ermita. La fe religiosa y la fe patriótica están encendidas en el alma de la feligresía. De los labios del Padre Gaspar caen las primeras palabras, del Libro de los Salmos:

*Propter miseriam inopum et gemitum pauperum, nunc exurgam, dicit Dominus.* La miseria de los necesitados, y el gemido de los pobres me levantarán, dice el Señor.

Y en el acto comienza su ardiente prédica de libertad:

No ha criado Dios al hombre para dejarlo abandonado a un funesto destino; no lo ha criado independiente y sin relaciones íntimas con él; no lo ha plantado en el mundo como en el centro de su eterna felicidad, sino que, rey de la creación, objeto de sus delicias, de sus soberanas atenciones y de su gloria, cuida de él en el orden espiritual y corporal. Si pobre, no le falta el alimento y el vestido; si desgraciado, no carece de consuelo; si perseguido injustamente, le proporciona los medios de salvarse; si objeto de desprecio a los ojos de la tierra, lo arma de la virtud de la paciencia; y si abrumado con el peso de la tiranía, lo ilumina y dirige de un modo inesperado hasta que rompa y sacuda el yugo abominable que lo oprimiera... Israel es esclavo; Israel está perdido. Pero, ¿quién será capaz de penetrar las disposiciones eternas para poner en posesión de la tierra de Canaán a estos infortunados?... Sí, señores: la opresión del pobre pueblo, las lágrimas del pobre pueblo, mandan en el alcázar invisible. Las lágrimas del pobre pueblo derramadas en la tierra, piden, como la sangre de Abel, las venganzas del cielo. Las lágrimas de un

pobre pueblo oprimido son las armas más fuertes y poderosas. Las lágrimas de un pueblo oprimido humedecen y desmoronan poco a poco los cimientos y columnas del trono del tirano, y en el tiempo mismo en que está más descuidado y más engreído con su elevación, se ve derribado; una mano invisible lo empuja, y cae bajo las ruinas de su poder, sin poderlo remediar. Así le sucedió a Baltasar, después de la cena; así a Valeriano. . . , así también al que ejercía entre nosotros el Poder Ejecutivo. Dios, para castigar a la República permitió que un hombre solo, haciendo concentrar en sí mismo los tres poderes, fuese la causa del derrocamiento de las leyes, de los derechos, de las garantías sociales; de la decadencia de la moral y de la Religión. Le llegó el tiempo de su caída, y no la pudo evitar. Un instrumento que parecía débil a los ojos del Mundo, pero que era grande a los ojos de Dios, y conforme a los designios de su divina providencia, ha sido el que levantando el grito de salud para la República, le ha abierto el camino a la felicidad. El ha hecho resonar en los cuatro vientos de ella el eco dulce y santo de una causa que es de Dios, y ved aquí el único punto de que voy a hablaros. . . Una revolución rápida y extraordinaria, cual no se ha visto en los tiempos anteriores, ha tenido lugar entre nosotros, Señor Vicario General, Comisión Popular, General del Departamento. No fué tan gloriosa, ni se dirigió a tan altos fines, la que hicieron Pelópidas y Epaminondas para libertar a Tebas del yugo espartano. . . Sobre las márgenes del Ozama, del Yuna, del Yaque. . . lloraban los dominicanos, como en otro tiempo los israelitas en Babilonia, en las orillas del Eufrates y del Tigris, la pérdida de su apreciada libertad. Bajo de las sombrías copas de los árboles elevaban sus voces al cielo, y sin que sus lenguas se pegasen secas al paladar, hendiendo los aires con sus tristes ecos, le decían a Dios: levántate Señor, ¿hasta cuándo duermes? Levántate, Jesucristo, Hijo de Dios vivo, y ayúdanos, y por la gloria de tu nombre

danos la libertad que nos han quitado; sácanos del cautiverio de tantos años, en los que sólo hemos visto desgracias, miserias, opresión, y la más grande inmoralidad... La voz dulce y agradable de **Reforma** que se oyera en el oeste de la República, anima aquí a los dominicanos desconsolados que unen su voluntad para acompañar el pronunciamiento de Los Cayos. En las vísperas del día en que descendiera el Verbo del Padre a la tierra para redimir al hombre, se oyen en nuestras calles las voces de redención del poder opresor...

En su cálido discurso no omite el Padre Gaspar el recuento de cuantos males había causado el pérfido Boyer al desdichado pueblo dominicano. Como saetas bajadas del púlpito, caen fulminantes palabras contra el déspota de ayer, pero también contra el tirano en cierne encarnado en la facción haitiana allí presente. Luego, concluye con las admoniciones de ritual:

Y vosotros dominicanos, cuyas lágrimas pasadas acababan de enjugarse; vosotros que deberíais ser habitantes de la eternidad y del sepulcro desde el día veinte y cuatro de marzo, dadle infinitas gracias a Dios que tanto os quiere... La regeneración que habéis conseguido es infructuosa sino os regeneráis espiritualmente... Patriotas y cristianos quiere Dios, la República y esta ciudad. Siendo lo primero sois útiles a nuestra patria, y siendo lo segundo, amados de Dios y objeto de sus caricias...

Todos salen enardecidos de la ermita. Todos interpretan a su modo las ardientes palabras del Sacerdote, pero quizás nadie conoce ahora su intención

verdadera: la expulsión de los haitianos y el retorno al inerte señorío de España. Apenas unos meses después, mientras Duarte y sus amigos luchan por crear una Patria soberana, el Padre Gaspar revela sus ocultos designios en su comunicación del 22 de agosto dirigida al Gobernador de Puerto Rico, Méndez Vigo:

La **Reforma** en la parte española no se adoptó por secundar las ideas francesas, sino como un medio para unir a los habitantes del Este a otro fin más elevado. El Gobernador del Arzobispado Dr. Portes y yo influímos mucho en ella, siempre mirando hacia adelante, y preparando los ánimos para otra cosa. Creímos que habiendo dado principio entre los negros la anarquía, consolidada en la parte del Este la opinión por España, mientras ellos se aniquilaban por allá, aprovechando la ocasión se daría en la parte española el grito de separación enarbolando nuestra antigua bandera y mandando comisionados en el momento hacia V. E. y hacia la Isla de Cuba para que auxiliasen y viniesen a tomar el mando entre nosotros...

Tal es la intención del vehemente sacerdote, retrasado Sánchez Ramírez, no de las armas sino del pensamiento. Afortunadamente, la vigilante acción **duartista** va más lejos, a más elevada meta, sin que por ello deje de aprovecharse con creces de las prédicas de Gaspar Hernández.

Frente a la diversidad de ideas políticas que han surgido como consecuencia de las luchas de la **Reforma**, Duarte se empeña en unificarlas, para alcanzar más fácil la aspiración separatista. En la célebre re-

unión a que asiste, junto con sus más adictos, en la vieja Casa de los Dos Cañones, hogar de don Manuel Joaquín Del Monte, declara:

Todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se postergue a la conveniencia de partidos, debe siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituye delito de lesa Patria.

También se reúnen los patriotas con el mismo fin de lograr la unidad nacional, en casa de don José Diez, tío de Duarte. Como siempre, Juan Isidro Pérez, Pina, Sánchez, Vicente Celestino Duarte, Jacinto de la Concha, acompañan al primero de los trinitarios. Duarte expone la necesidad de no perder tiempo en la ejecución de sus planes revolucionarios, y a la vez invita a los presentes a prestarle su concurso. Algunos, muy pocos, hallan demasiado arriesgada la audaz empresa. Otros la creen una insigne locura. Juan Isidro Pérez, como la mayoría, es de los que acogen con entusiasmo y fe las palabras de Duarte, al par que ofrecen resueltamente seguirle sin vacilaciones ni temores.



## VI

**L**A conspiración fraguada y animada por Duarte no es un misterio para las autoridades de Puerto Príncipe. Charles Herard se presenta entonces, a la cabeza de poderoso ejército, 16 regimientos, en la parte española de la Isla. Viene por el Norte, encarcelando a su paso a distinguidos próceres, sin que logren salvarse de su saña ancianos ni sacerdotes. El diligente Ramón Mella, sorprendido por el invasor en el Cibao, es enviado luego a Puerto Príncipe y allí encerrado, cargado de infamantes hierros, en inmundo calabozo. Al llegar a Santo Domingo, el aciago 12 de julio, Herard se aloja en el antiguo Palacio de Borgellá, frente a la Plaza de Armas. De día, de noche, a todas horas, se oye a distancia la tonante voz del déspota. De nada vale el distintivo reformista, una pluma blanca en el sombrero, para librarse del bárbaro Comandante Brie, infame ejecutor de las inicuas órdenes del tirano, que inicia violenta persecución contra Duarte, Sánchez, Pina y Pérez, cu-



yas cabezas han sido puestas a precio. ¡Cuántas peripecias las de los patriotas! Corren, sigilosamente, de escondite en escondite. De noche se reúnen, bajo el angustioso silencio de la ciudad, en la plaza del Carmen, por las murallas del Angulo, en casa de Narciso Sánchez. Cada uno se oculta en un lugar distinto. Duarte, donde Luciano de Peña; Pina, en casa de Dolores Puello; Sánchez, en su propio hogar; Juan Isidro, en casa de José Arias. Sus perseguidores no descansan. Duarte y Pina cambian de asilo, van a ocultarse donde Manuel Hernández, y allí se les reúne el leal Juan Isidro. Pronto descubren el asilo de los próceres: Duarte y Pérez se dirigen entonces a la Plaza de San Lázaro, donde Jaime Yepes. El primero pasa al hogar de Eusebio Puello, y el segundo donde Juan Arriaga. Los soldados de Herard extreman la persecución, mientras los perseguidos continuamente mudan de refugio.

No faltan amigos que les auxilien en tan graves trances: Juan Alejandro Acosta, Teodoro Ariza, Valentín Calero, Epifanio Billini, los hermanos Francisco y Joaquín Ginebra, José Mateo Perdomo, Felipe Alfáu, Juan Evertsz, Juan Luis Duquela, Francisco Martínez de León. Evertsz, Comandante del Puerto, les da su palabra de honor de dejarlos embarcar. Duarte y Pina saltan las murallas de la ciudad por el Fuerte del Angulo y pasan a Pajarito. Pérez, acompañado por Martínez de León, baja al Ozama. En la oscuridad y el silencio de la noche del 2 de agosto, ayudados por Acosta y Duquela, toman el bote que

les conduce al Placer del Estudio y allí se embarcan en la balandra del generoso Capitán Finlay, que les conduce por vez primera al ostracismo.

Ocho días después, antes que sufrir las violencias de Herard, también salen hacia Curazao el Padre Gaspar Hernández y Fray Pedro Pamiés. Pero la antorcha de la libertad no habrá de extinguirse en la borrasca: queda encendida en manos de Sánchez, de Mella, de los Concha, de Vicente Celestino Duarte.

Al atardecer del día 10 de agosto los peregrinos llegan a la isla de Vieques, y a Saint Thomas en la noche del día siguiente. De allí salen en la mañana del día 18, en la goleta venezolana **La Nueva Felicidad**, capitaneada por Nicolás E. Damers, la misma de que luego es Capitán el activo José Faneite. Además de Duarte, Pina y Pérez van en el barco otros pasajeros: Diego Ramírez y Santos Semidsí. El día 23 desembarcan en La Guaira y al otro día están los próceres en casa de José Prudencio Diez, tío de Duarte, en Caracas. El periódico **El Venezolano**, del 29 de agosto, da la noticia, escuetamente. No se sospecha la calidad de los personajes que acaban de pisar la tierra de Bolívar.

Desde su llegada a Caracas, los patriotas dominicanos continúan su labor revolucionaria. La esgrima es el útil pasatiempo de los nobles desterrados. Duarte provoca una reunión en casa de su tío José Prudencio Diez y en ella se resuelve que Juan Isidro Pérez y Pedro Alejandrino Pina partan hacia

la isla de Curazao, a ponerse en relación más directa con los compañeros de Santo Domingo, a quienes deben comunicar los nuevos planes del Fundador, a la vez que enterarse de la marcha de los trabajos de Sánchez, Mella, Vicente Celestino Duarte y demás próceres. En cumplimiento de lo resuelto, el 24 de noviembre Pérez y Pina salen de La Guaira, para Curazao, en el bergantín español *Elvira*, del Capitán Eloy F. Camacho. También va en el barco don Pablo Paz del Castillo, quien, ocultamente, gestiona el rescate, en favor de España, de la parte oriental de Santo Domingo. Ni él ni su amigo el Padre Gaspar Hernández habrán de lograrlo.

Pina y Pérez tienen muy pronto noticias de Santo Domingo, que en el acto comunican a sus amigos de Caracas por el fiel conducto de Buenaventura Freites, quien lleva, para Duarte, cartas de Francisco del Rosario Sánchez y Vicente Celestino Duarte, de Tomás y de Jacinto de la Concha. La de Sánchez y de Vicente Celestino es la más trascendental de todas, la que revela mejor el estado de los trabajos separatistas ya cerca del gran día de la Patria:

Santo Domingo, 15 de noviembre de 1843.

Señor don J. P. Duarte,  
Caracas.

Juan Pablo:

Con el señor José Ramón Chávez Hernández te escribimos imponiéndote del estado político de la ciudad, y de la necesidad que tenemos de que nos proporciones auxilios

para el triunfo de nuestra causa. Ahora aprovechamos la ocasión del señor Buenaventura Freites para repetirte lo que en otras te decíamos, por si no han llegado a tus manos.

Después de tu salida, todas las circunstancias han sido favorables, de modo que sólo nos ha faltado combinación para haber dado el golpe. A esta fecha los negocios están en el mismo estado que tú los dejaste; por lo que te pedimos, así sea a costa de una estrella del cielo, los efectos siguientes: 2000 ó 1000, ó 500 fusiles, a lo menos; 4000 cartuchos; 2½ ó 3 quintales de plomo; 500 lanzas o las que puedas conseguir. En conclusión: lo esencial es un auxilio por pequeño que sea, pues este es el dictamen de la mayor parte de los encabezados.

Esto conseguido deberás dirigirte al puerto de Guaya- canes, siempre con la precaución de estar un poco retirado de tierra, como una o dos millas, hasta que se te avise, o hagas señas, para cuyo efecto pondrás un gallardete blanco si fuere de día y si fuere de noche, pondrás encima del palo mayor un farol que lo ilumine todo, procurando, si fuere posible, comunicarlo a Santo Domingo, para ir a esperarte a la costa el 9 de diciembre, o antes, pues es necesario temer la audacia de un tercer partido, o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflamado.

N. N. se prepara para ir por allá, aunque nos dice que va a Santhomas, y no conviene que te fíes de él, pues es el único que en algo nos ha perjudicado nuevamente por su ciega ambición e imprudencia.

Juan Pablo, volvemos a repetirte la mayor actividad, a ver si hacemos que diciembre sea memorable.

Expresiones a nuestros amigos Pina y Pérez.

**Francisco del R. Sánchez, Vicente C. Duarte**



Pina, a su vez, le escribe a Duarte y utiliza el mismo leal mensajero:

Curazao, 27 de noviembre de 1843.

Señor Juan Pablo Duarte.

Mi estimado amigo:

Por las cartas que el amigo Freites le lleva, y que yo y el amigo Pérez tuvimos la satisfacción de abrir, validos de la confianza que mutuamente nos hemos dispensado, como también de la seguridad que teníamos de que entre ellas venían cartas para nosotros; por esas cartas, repito, verá Ud. lo que ha progresado el partido Duartista; recibe vida y movimiento de aquel patriota excelente, del moderado, fiel y valeroso Sánchez, a quien creíamos en la tumba. El señor Ramón Contreras es un nuevo cabeza también del partido Duartista. El de los afrancesados se ha debilitado de tal modo, que sólo los Alfáu y D... permanecen en él. Los otros partidarios más se han agregado al partido reinante. Todos lo esperan a Ud. como general en jefe, para dar principio a ese grande y glorioso movimiento revolucionario, que ha de dar la felicidad al pueblo dominicano. Véngase: acreedor a la confianza que depositamos en Ud., le esperamos por momentos. Pérez y yo conservamos el dinero de nuestro pasaje, favor del señor Castillo, de suerte que puede contar con dos onzas.

Su familia está desesperada con las amenazas que sufre y con la enfermedad de su padre. Si este pobre anciano no puede recobrar la salud, démosle al menos el gusto de que vea, antes de cerrar sus ojos, que hemos coadyuvado de todos modos a darle la salud a la patria.

El portador le instruirá verbalmente.

Un duartista. **Pedro A. Pina**



Freites también lleva carta de Juan Isidro Pérez, dirigida a sus amigos José Patín y Prudencio Diez, a la sazón en Caracas. Es una carta que habla por sí misma del patriotismo, del carácter, de la nobleza de alma y de la abnegación de Pérez:

Curazao y noviembre 27 de 1843.

Señor José Patín y Prudencio Diez,  
Caracas.

Mis amantísimos:

Supongo habrán Uds. recibido ya mis cartas de la Guaira, anunciándoles mi partida de aquel puerto. Tuvimos una navegación pronta y feliz. Aún no nos habíamos desembarcado cuando supimos habían llegado de Santo Domingo las Lavastida que van para La Habana. En efecto tuvimos el gusto de ver estas compatriotas y saber de nuestras familias que nos escribieron con ellas.

En conformidad con lo que les diga Freites que es el conductor de ésta, espero que Uds. venderán sus relojes, Juan Pablo el suyo y su cadena, mi paisano Mariano sus hebillas de los breteles pudiendo contribuir con más, a fin de que no deje Juan Pablo, por falta de dinero, marcharse inmediatamente a verse con su familia; así lo exige el honor.

No puedo menos que insertar aquí la noticia de la gravedad del padre de Duarte, y de su hermana Rosa, me lo ha escrito mi familia.

Así, señores, ¿para cuándo reservan los sacrificios? No me detengo en encarecer esto, porque ofendería demasiado; pero no puedo resistir y decirles, que el expreso debió haberse puesto cuando lo propuse. Don José Diez también

está muy malo: dicen que la pena de ver atropelladas las hermanas de Duarte, está acabando con él.

Por ahora Uds. tengan la bondad de decir a todas las mujeres que nos dispensen, pues tenemos mucho que tramar y que reflexionar...

Yo no pienso ir al Norte, y he resuelto quedarme aquí aguardando a Juan Pablo, en la inteligencia de que si él no vuela, no nos encuentra aquí.

Compatriotas, espero en Uds.

Juan Pablo, puede además conseguirse dinero prestado, pues tiene fincas en Santo Domingo.

Tengo mucho que escribir y tengo la cabeza caliente.

Adiós,

**Juan Io. Pérez**

P. D. — Paisano Patín: nuestro paisano Núñez... bueno, tengo el mejor concepto de él, y estoy seguro que facilitará a Juan Pablo todo lo que necesite para su traslación. Prudencio: E. Acosta, Justo Reyes, Luis Correa, y otros también son filántropos. Vale.

“Tengo la cabeza caliente”, dice Juan Isidro. La tiene tan llena de nobles pensamientos, de patrióticas meditaciones, que un sublime ardor la invade, como la luz que al pasar por un cristal de aumento se convierte en llamas. ¿Es éste un síntoma de la fragilidad o del debilitamiento de su cerebro? Quizás. “En tanto que no hacemos más que obrar, —dice Leonardo Williams—, nuestro bienestar y nuestra seguridad están asegurados: cuando empezamos a refle-

xionar es cuando nos acercamos al peligroso límite de lo superhumano". Pérez comienza a reflexionar, ya empieza a acercarse al límite de lo superhumano, a ese breve espacio que hay entre lo excelso y lo ridículo, entre la razón y la locura.





## VII

**L**AS cartas que Buenaventura Freites le entrega a Duarte el 2 de diciembre, le deciden a salir de Caracas hacia Curazao. El día 20 le abrazan allí Pérez y Pina, y quedan juntos en la solitaria isla, áncora de salvación de los náufragos de la política dominicana, en espera de nuevas noticias de Santo Domingo. Una, la más amarga, le hiere en mitad del corazón: la muerte de su amado padre, ocurrida el 25 de noviembre. El venerable Juan José Duarte ya no vería, en el más hondo de los éxtasis, realizarse la vehemente aspiración del hijo, que también era ansia suya.

No es simple alarma la de Sánchez y Vicente Celestino Duarte cuando piden, en su carta memorable, recursos militares “así sea a costa de una estrella del cielo” para proclamar la República; ni cuando expresan que “es necesario temer la audacia de un tercer partido, o de un enemigo nuestro, estando el pueblo tan inflamado”. Es que ellos no ignoran

las actividades políticas de otros dominicanos que también luchan por romper las cadenas de la opresión haitiana, pero con designio menos alto: convertir a Santo Domingo en Colonia de España o en Protectorado de Francia, antes que continuar en tan triste cautiverio. Entre estos dominicanos están Buenaventura Báez y algunos de sus compañeros de la Asamblea Constituyente de Puerto Príncipe, reunida allí desde el mes de septiembre. Como no han logrado ninguna disposición ni ventaja en favor de la "Parte del Este", se han dado a conspirar. El mismo día en que Duarte sale de Caracas hacia Curazao, el 15 de diciembre, los constituyentes Buenaventura Báez, Francisco Javier Abréu, Remigio del Castillo, Juan Nepomuceno Tejera, Manuel María Valencia, José Santiago Díaz de Peña y M. A. Rojas, le hacen trascendental proposición al Cónsul de Francia en Haití, Monsieur Levasseur. Es lo que luego se llamará **Plan Levasseur**, contra cuyas derivaciones han de luchar Duarte, Pérez y sus adictos. El Plan ha sido concebido en esta forma:

1.— La parte oriental de la Isla de Santo Domingo, conocida por española, tomará el nombre de República Dominicana, libre e independiente, administrándose por sí misma.

2.— Francia se obliga a favorecer su emancipación y a suministrar todo lo necesario para establecer y consolidar su gobierno; como también a dar los subsidios indispensables a las necesidades de la administración.

3.— Armas y municiones serán dadas por la Francia

en cantidad suficiente para armar la parte activa de la población que sea llamada bajo las banderas de la Independencia.

4.— El Gobierno francés nombrará un Gobernador General para desempeñar las funciones del Poder Ejecutivo que durarán diez años; no obstante, el Gobierno francés se compromete a no retirarlo si el Senado pide su permanencia.

5.— Las puertas de la República se abrirán a la inmigración de todos los pueblos.

6.— En reconocimiento de la alta protección de la Francia, la península de Sanamá se renuncia y abandona en favor de la Francia.

En tanto que Báez y Levasseur esperan el resultado de sus negociaciones, sometidas al Gobierno de Francia, continúan apresuradamente los trabajos de los separatistas. El 16 de enero de 1844, don Tomás Bobadilla, el célebre político que acaba de sumarse al grupo de los duartistas, redacta la histórica *Manifiestación de los pueblos de la Parte del Este de la Isla antes Española o de Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República haitiana*. Es, propiamente, el *Acta de Independencia dominicana*. La firman Bobadilla, Mella, Sánchez, Jimenes, Mercenario, Valverde, Bonilla, los hermanos Puello, Cayetano Rodríguez, los Concha, Serra, Ravelo, Pedro y Ramón Santaña y tantos otros; y salen a difundirla por todo el país Gabino Puello, Juan Evangelista Jiménez y Juan Contreras. La obra de previsión duartista es más que necesaria para contrarres-

tar el hábil proyecto de Buenaventura Báez. Duarte no deja de comprender la situación. Por eso está en compañía de Pérez y de Pina, en Curazao, desde donde le escribe a su madre y hermanas la emocionante carta del 4 de febrero, que la posteridad perpetuará en bronce en el pedestal de su estatua:

El único medio que encuentro para reunirme con Uds. es independizar la patria. Para conseguirlo se necesitan recursos, recursos supremos, y cuyos recursos son que Uds. de mancomún conmigo y nuestro hermano Vicente ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado...

Al recibir la noble carta, la madre y los hijos acceden a la abnegada petición de Duarte. Sólo la más pequeña de las Duarte observa, ingenuamente:

Si todo se pierde, nosotras, ¿de qué vivimos?

Sánchez, Mella, José Diez, Vicente Celestino Duarte y su sobrino Enrique, presentes en la emocionante escena, responden en coro a la inocente:

Los que sobrevivan trabajarán para que no les falte un pan.

Escasos días después, a las once de la noche del 27 de febrero de 1844, Sánchez, Mella, los Concha, Vicente Celestino Duarte, los Puello, Jimenes, Bobadilla, Remigio del Castillo y demás compañeros, realizan el pensamiento de Juan Pablo Duarte. Des-



Sánchez enarbola alborozado la bandera del juramento trinitario...



de la víspera están en nerviosa actividad. Ya nada los detiene. Mella dispara su célebre trabuco en la Puerta de la Misericordia y de ahí pasan los conjurados al antiguo Baluarte de San Jenaro, la Puerta de El Conde, donde proclaman la República. **Dios, Patria y Libertad**, exclama don Tomás Bobadilla, mientras Sánchez enarbola alborozado, sobre las piedras del Baluarte, la bandera sobre cuyo azul y rojo han puesto ya la simbólica cruz blanca del juramento trinitario. El pesado silencio de la dominación se rompe al fin al estentóreo grito de

¡Viva la República Dominicana!, ¡Viva la Virgen María!

Entre los próceres presentes en la gloriosa cita, —llevan en el sombrero una cruz blanca—, hay adolescentes, casi niños, como Enrique Duarte y Calixto Mañaná. Mañaná se presenta con un machete de guarnición.

¿Qué vas a buscar, muchacho?, le preguntan.

Y él responde, con grave y juvenil arrogancia:

—¡Adonde van los hombres!

Un solo pesar conmueve el corazón de los patriotas: Duarte, Pina y Pérez no han tenido el ansiado goce de estar presentes en la Puerta de El Conde en la fausta noche de febrero. Están allá, en el triste peñón de Curazao, como si hubiesen prendido una luz desde lejana sombra.

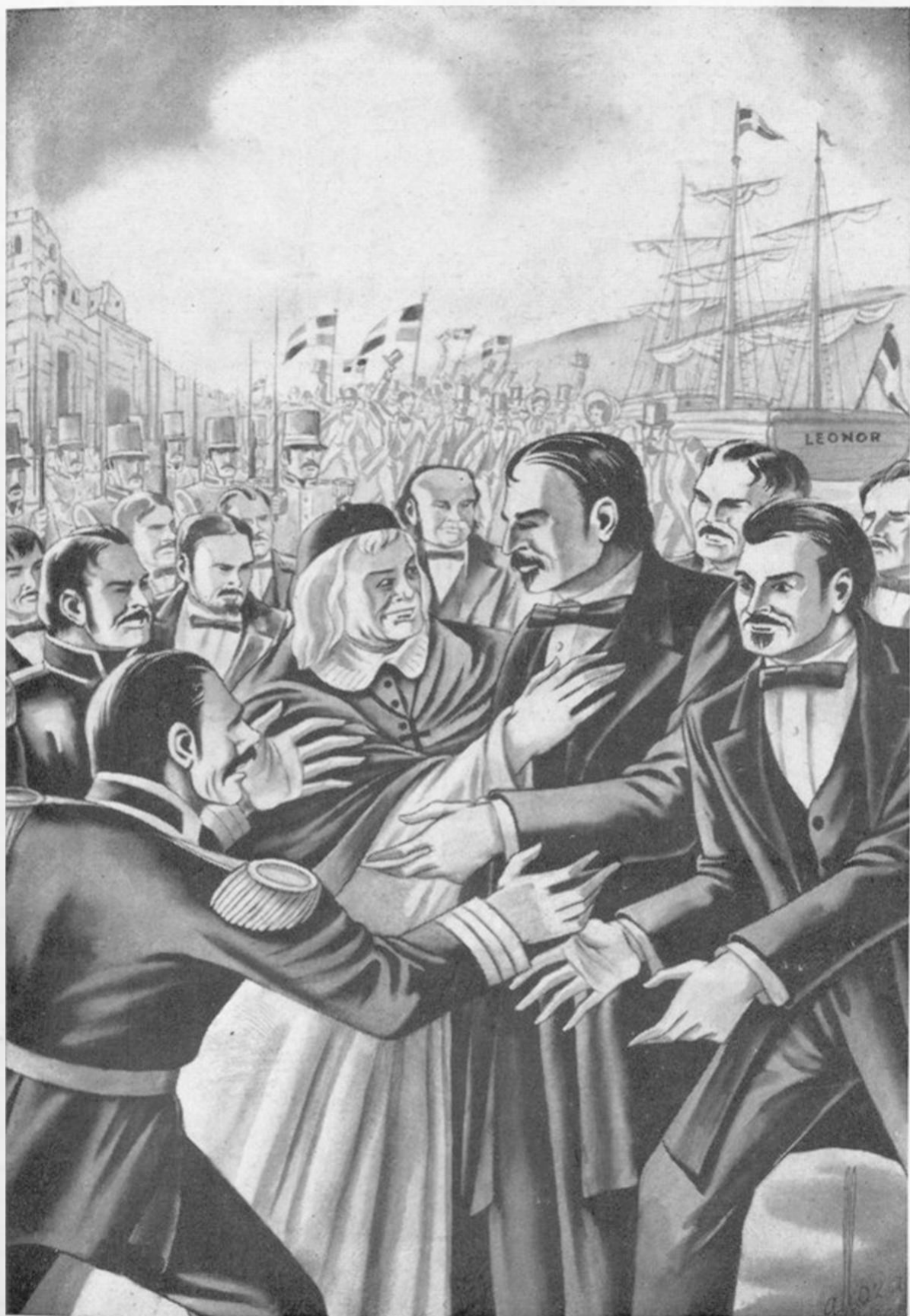


La Junta Central Gubernativa, el gobierno instaurado en la Puerta de El Conde, se apresura a disponer el retorno de los próceres y con ese objeto se hace a la vela **La Leonor**, el 2 de marzo, capitaneada por Juan Alejandro Acosta, llevando a su bordo al trinitario Juan Nepomuceno Ravelo, quien tiene el encargo de darles la gran noticia y de reintegrarlos a la Patria.

¡**La Leonor!** ¡Arcanos del destino! Otro velero del mismo nombre, 40 años más tarde, traerá de Venezuela, a la tierra natal, los venerandos restos de Juan Pablo Duarte.

**La Leonor** llega a Curazao el 5 de marzo, luciendo en el palo mayor la enseña dominicana, que por vez primera flota en mar extraño, y Pina y Pérez toman un bote y corren hacia el buque donde abrazan a Ravelo y a Acosta, de quienes oyen, emocionadamente, la estupenda noticia. Duarte los espera en la playa. ¡Qué júbilo más hondo debió de agitar su espíritu! Tras larga y dolorosa gestación, al padre ausente le ha nacido un hijo, flor de su alma, de la que sólo recogerá la corona de espinas que lucirá su frente.

El 8 de marzo, Duarte, Pina y Pérez salen de Curazao con algunas armas y pertrechos, y llegan al Ozama el día 14. El pueblo, el gobierno, los amigos, las familias de los próceres, les dan inusitada bienvenida. Es el más bello día de la República. Duarte ocupa en el acto el asiento que se le reserva en la



El pueblo, el gobierno, los amigos, les dan inusitada bienvenida...



Junta Gubernativa. Uno de sus discípulos, José María Serra, recoge en el pensamiento y en el corazón las evangélicas palabras del Maestro:

Un día, viendo gemir a mi Patria bajo el yugo de un pueblo invasor, concebí el pensamiento de quebrantar sus hierros y os pedí vuestra cooperación; la prestásteis, y hoy la Patria es libre: benditos sean todos los que han realizado transformación tan gloriosa. Ahora todos debemos propender a hacer que esta libertad sea fecunda en bienes. ¿Haremos feliz a nuestra Patria? ¡Ah! ¡Maldito sea todo aquel que ahora ni nunca ocasione su desgracia!...

A la vez que atiende a los urgentes reclamos de la guerra, Duarte se empeña en destruir los planes de los afrancesados. En esta ingrata y ardua labor política le acompaña, con su acostumbrada decisión, el leal Juan Isidro Pérez.



## VIII

**A** SU llegada a Santo Domingo, Duarte no deja de comprender la difícil situación política en que ha de actuar. La Junta Gubernativa, bajo el poderoso ascendiente de Bobadilla, sin suficiente fe en que la República podía sostenerse por sí misma, sin extraño recurso, había pedido protección a Francia. En conocimiento del Plan Levasseur iniciado por Báez en Puerto Príncipe, Bobadilla y Sánchez se habían decidido a adoptarlo en su parte esencial y así, después de entrevistarse ambos con el Cónsul francés Saint-Denys, la Junta Gubernativa expidió, firmada por Bobadilla, Sánchez, Caminero, Valverde, Mercenario, Echavarría, Moreno y Pujol, la discutida **Resolución del 8 de marzo**, concebida en esta forma:

**Dios, Patria y Libertad, República Dominicana. La Junta Central Gubernativa.** Habiendo llegado a nuestro conocimiento que varios sujetos respetables de la parte antes española han celebrado con algunos Agentes del Gobierno francés ciertos preliminares de Convenciones que

pueden ser útiles a esa Nación y a nosotros, en virtud de los poderes con que nos hallamos... de los Pueblos a quienes representamos y deseando la mayor suma de bienes y de prosperidad futuras, como una consecuencia y enlace de dichas preliminares Convenciones, decimos: que la República Dominicana consiente en un tratado con la Nación Francesa en que se establezcan por bases:

1.— La integridad de nuestro territorio y la estabilidad de la República Dominicana, bajo los principios que ha abrazado y proclamado, pudiendo gobernarse por una Constitución que le sea conveniente, decretada por mandatarios elegidos por los pueblos a su satisfacción y según los poderes que emanen de la dicha Constitución, y en fin como un Estado libre y soberano;

2.— Jamás será atacada la libertad personal e individual de los que tuvieron la desgracia de ser esclavos en otro tiempo ni los principios de igualdad que nosotros hemos proclamado;

3.— A estas consideraciones se hará un tratado de amistad y alianza tan pronto como se quiera y se presenten Emisarios del Gobierno Francés legítimamente acreditados;

4.— El Gobierno dominicano prestará a la Francia cuantos auxilios necesite en el caso de que haya de dirigir fuerzas sobre la parte occidental, o la República Haitiana;

5.— En las actuales circunstancias la Francia le dará al Gobierno dominicano, fusiles, pertrechos de guerra, buques y el dinero que necesite para sostenerse y organizar su estado de defensa, y al mismo tiempo las tropas que puedan necesitarse;

6.— El Gobierno dominicano en remuneración cederá a la Francia, a perpetuidad, la Península de Samaná

dentro de los límites que le ha demarcado la Naturaleza para ser calificada Península, siendo esta cesión una excepción a la letra del artículo 1º y bajo la precisa estipulación de que en dicha Península jamás habrá esclavitud;

7.— Habrá paz sólida y duradera entre ambos gobiernos, y en mejores circunstancias se hará un tratado de comercio en que se estipularán ventajas recíprocas, por el cual ninguna otra nación tendrá preferencia sobre el Gobierno Francés.

El problema político se complica y agrava aún más. Desde su Campamento de Sabana Buey, antes de su victoria del 19 de marzo, Santana ofrece garantizar en todas sus partes las proposiciones formuladas en la célebre **Resolución**; y todavía después del triunfo de Azua permanece inactivo al frente de su ejército. Ni siquiera le sustrae de su pasividad el triunfo de las armas dominicanas en Santiago, el 30 de marzo, coronado por implacable ofensiva contra las huestes de Pierrot, cuyos despojos son arrojados por Imbert y Valerio más allá de las fronteras. En presencia de la inactividad de Santana, Duarte pasa a su campamento y le conmina a que ordene la ofensiva contra las tropas haitianas acampadas en Azua. Nada logra del obstinado Jefe, a no ser la profunda disensión que se produce entre ambos.

Nuevamente en Santo Domingo, Duarte y sus adictos, empeñados en mantener la integridad de la República lesionada en la **Resolución del 8 de marzo**, se enfrentan a Bobadilla y a sus acólitos. Estos cuentan con dos fuerzas poderosas: Pedro y Ramón San-



tana, y el Cónsul de Francia, Eustache de Juchereau de Saint-Denys. Duarte cuenta con la juventud y con “el verdadero pueblo” de Santo Domingo, que es siempre la más noble, pero la más desvalida porción del pueblo.

El 26 de mayo es día de intensa lucha. Secundado por su lugarteniente Caminero, don Tomás Bobadilla promueve una importante reunión a la que asisten los representantes del Gobierno y de la Sociedad dominicana. En ella, Bobadilla, el sagaz creador del Santana caudillo político, pronuncia el memorable discurso en que hace del dominio público la **Resolución del 8 de marzo**, y trata de justificar su proyecto de Protectorado de Francia. Causan sensación sus trascendentales declaraciones y se enardecen los ánimos de sus opositores:

En las circunstancias, —dice—, y por una consecuencia natural de otros antecedentes el Gobierno pensó en solicitar la protección y el auxilio de una nación europea que nos socorriera y auxiliase con su poder y sus recursos en la lid que habíamos emprendido noblemente. No dejó esto de ser un motivo de meditación para los mandatarios del pueblo dominicano. Recurrir a nuestra antigua Metrópoli hubiera sido dar un paso retrógrado que nos hubiese atraído la inconsideración y el desprecio de los españoles americanos. ¿Qué hubiera podido hacer tampoco por nosotros una nación despedazada y arruinada en guerras intestinas? Nuestros principios de conveniencia y de utilidad debían necesariamente encontrarse en oposición directa con los de aquella nación.

Recurrir a los Estados Unidos, a Inglaterra o a cualquiera otra nación, era un paso lento que no podía satisfacer las urgencias del momento. La Francia, señores, —exclama el orador—, es liberal; ella tiene intereses directos en este país; ella ostenta una protección benévola a la libertad y a la humanidad; con ella nos estaba indicado entrar en relaciones, solicitar de ella un protectorado político que el gobierno no titubeó en pedir avanzando algunas proposiciones que hasta este momento no forman un contrato perfecto, pero que es de nuestro honor y de nuestra dignidad sostenerlas, ya para poder subvenir a las necesidades en que nos encontramos, ya porque debemos avanzar siempre en la carrera de nuestra existencia política...

Como en caos de miras políticas opuestas, al terminar su discurso Bobadilla somete a la consideración de la Asamblea las proposiciones de Protectorado formuladas en la **Resolución del 8 de marzo**.

Ante la expectación de todos, Duarte, Pérez, Pina, el Dr. Valverde, protestan de las declaraciones de Bobadilla y juran sostener, por encima de todo, la autonomía irrestricta de la República cuya libertad había sido asegurada en los campos de batalla.

Esta vez la prestancia personal y la fascinación de Bobadilla no logran imponerse, frente a Duarte y a Pérez y a sus resueltos compañeros. Duarte es un joven idealista de 31 años de edad; Bobadilla, Proteo de la política dominicana, cuenta 58: es 27 años mayor que el fundador de La Trinitaria. Además, le lleva otras ventajas a quien él llamará luego **joven inexperto**: la dureza de corazón y cierta impureza de

espíritu que parecerían indispensables para vencer en las luchas políticas.

✶ No hay una sola luz de paz ni de concordia en la borrasca. Las nieblas de la disensión civil se ciernen sobre la funesta Asamblea. En la adolorida entraña de la Patria ha caído el maléfico germen de la discordia: Bobadilla no se da por vencido. El sabe que Santana, allá en su campamento de Baní, confía en su victoria, y él no se aviene a perder ahora el favor del futuro Marqués de las Carreras, con quien está en comunicación constante.

El mismo 26 de mayo, Bobadilla convoca a los miembros de la Junta Gubernativa. Es una sesión secreta, a puertas cerradas, en la que el hábil político presenta otra moción encaminada a los mismos fines que la anterior: la protección de Francia mediante concesiones igualmente onerosas. De nuevo se suscitan acaloradas discusiones. Los ánimos se enardecen aún más cuando Mariano Echavarría pronuncia un terrible discurso contra los haitianos. Y otra vez se encrespa el oleaje de la disputa, sin que Bobadilla logre dominar la adversa situación. El fervoroso duartista Dr. Valverde se excede en su protesta: hace públicas las tumultuosas deliberaciones de la Junta y produce con ello viva impresión de descontento en el pueblo de Santo Domingo, en aquellos que no participan de los planes proteccionistas de Bobadilla. El inexorable Presidente de la Junta se vengará sin demora del Dr. Valverde, expulsándolo de la Corporación y luego arrojándolo al exilio.

En este agitado día el triunfo es, pues, de Duarte. Pero ya reinan la desavenencia y el rencor entre los próceres. Sin embargo, es menester que la protesta duartista vaya más lejos para que sea efectiva y eficaz, y para ello sólo queda el camino de la violencia.

No obstante, no le será posible a Duarte reaccionar victoriosamente contra la indisciplina del caudillaje en cierne, ni contra la incomprensión de las muchedumbres que ignoran la magnitud de la acción trinitaria. El pueblo dominicano, libre al fin, casi inesperadamente, no ha tenido tiempo de percatarse de la obra de Duarte, labor profunda y silenciosa que ya es eclipsada por la deslumbrante obra de las armas.

El 9 de junio, el 18 Brumario dominicano, como lo llama Saint-Denys, en recuerdo de los días napoleónicos, Duarte, Pérez, José Joaquín Puello y sus compañeros más resueltos se reúnen en La Fuerza, donde están las tropas acuarteladas; ordenan la prisión de los principales afrancesados; Bobadilla y Caminero corren a ocultarse; Buenaventura Báez, Manuel Joaquín Del Monte, Francisco Xavier Abréu y Francisco Ruiz se asilan en el Consulado francés. Duarte y Puello, a la cabeza de sus más ardientes partidarios, se dirigen en actitud hostil al Palacio de la Junta Gubernativa, y en nombre de las tropas y del pueblo imponen su autoridad en ella; expulsan de su seno a Bobadilla y al Dr. Caminero, y en el acto les sustituyen Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez. Sánchez asume la Presidencia y Pérez ocupa

la Secretaría de la Corporación. De la multitud que asiste a la escena salen las voces de

**¡Abajo Bobadilla! ¡Abajo Caminero! ¡Mueran los traidores! ¡Mueran Del Monte, Javier Abréu, Francisco Ruiz y Ventura Báez!**

## IX

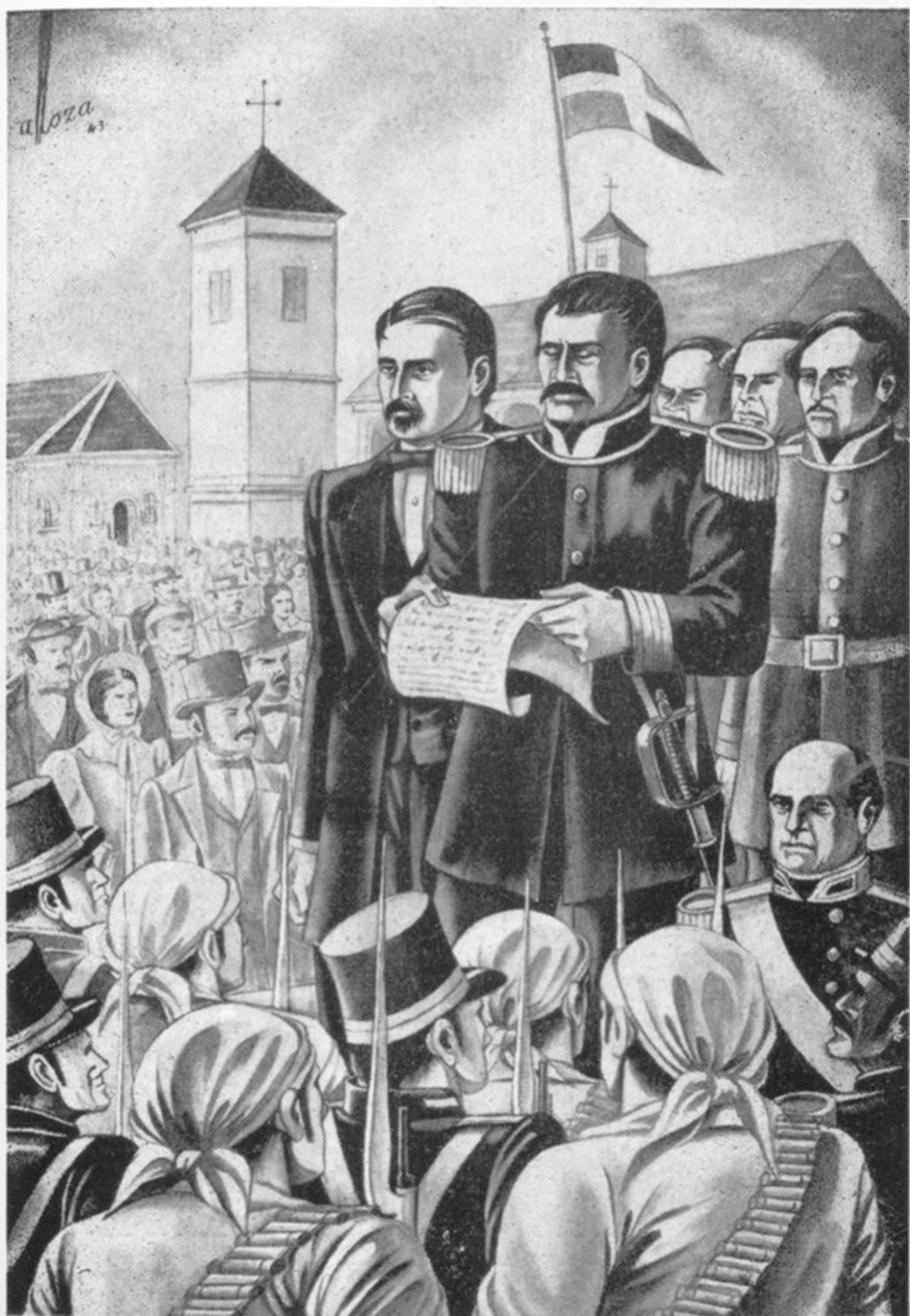
**T** AMBIEN en Santiago ha surgido encendida discordia política, que Mella no logra apaciguar. En vista de ello la Junta escoge a Duarte para que a nombre del Gobierno restablezca la paz en el Cibao. Duarte se apresura a salir para Santiago y el 20 de junio está en camino. Le acompañan los Oficiales del Estado Mayor de que dispone en su calidad de general y de Jefe del Departamento de Santo Domingo. Son, casi todos, jóvenes resueltos y devotos de su persona. El Mayor de Guías es el adolescente Félix Mariano Lluberes. Los pueblos del camino reciben jubilosamente al Padre de la Patria. El día 24 llega al Cotuí; al día siguiente a La Vega, donde le obligan a permanecer hasta el 29. Al otro día, Santiago lo acoge en su corazón. Abraza a su entrañable amigo Ramón Mella. Allí mismo, justamente veinte años después, en días de lucha contra España, estará Duarte junto al lecho de un agonizante: Ramón Mella.

El día 4 de julio, en la Plaza de Armas, Mella hace la presentación de Duarte al Ejército. Reúnense las tropas, y en presencia del alborozado pueblo de Santiago que participa de la grandiosa escena, el decidido Mella les habla, con patriótico enardecimiento, del insigne Creador de **La Trinitaria**, y lo recomienda para que “en su día” lo tengan presente para la Primera Magistratura del Estado. A las cálidas palabras de Mella siguen estruendosos vivas a Duarte. Ignacio Contreras, ayudante de Mella, va más lejos que todos. Resueltamente grita:

**¡Viva el Presidente de la República!**

Y con este grito se inicia la infortunada aclamación de Duarte como Presidente de la República. ¿Es cosa del azar o de frustrada previsión política de Mella? Lo cierto es que en ello puede verse el patriótico deseo de adelantarse, con fines nacionalistas, a la asonada que pronto han de realizar Santana y sus acólitos, los afrancesados, con riesgo de la integridad patria.

Bobadilla y Caminero, siempre juntos, ahora como en los pasados tiempos en que estaban al servicio de los dominadores, no quedan impasibles. Cuentan con Santana para derrocar la Junta Gubernativa y recuperar la perdida autoridad. El 3 de julio ocurría en Azua la insubordinación del ejército del General Santana contra las disposiciones de la Junta: la entrega del mando de las tropas al General Esteban Roca, lo que no se realiza porque el ejército, tumultua-



A las cálidas palabras de Mella siguen estruendosos vivas a Duarte...





riamente, mantiene en su jefatura al General Santana. Es el comienzo del caos político en la República.

La situación de la Junta se agrava por momentos, frente a la alarmante noticia de que Santana viene, con sus tropas, hacia la consternada ciudad de Santo Domingo. Son inútiles los esfuerzos de Pina y de Pérez para oponerse a la entrada de Santana. El día 12 de julio, el hatero vencedor de Rivière traspone los muros de la vieja ciudad; en la mañana del día 13 el Ejército le proclama Jefe Supremo de la República, dictadura que él rechaza en su proclama leída al otro día en la Plaza de Armas, entre las aclamaciones de sus exaltados partidarios.

Las vociferaciones de los sicarios de Santana llenan la Plaza de Armas. Los soldados seibanos, envuelta la cabeza en amplio pañuelo de madrás y al cinto el machete y el trabuco; unos descalzos y otros luciendo estropeados botines, aumentan el pánico de la ciudad. De entre la multitud salen voces que piden la cabeza de Duarte y la sangre de sus adeptos. ¡Abajo la Junta! ¡Viva el General Santana, Jefe Supremo!, grita el General Abad Alfáu. ¡Abajo los filorios!, vocifera el Coronel Machado. Y a este grito responden los trinitarios como jamás se ha respondido a una infamia: desde este día las jóvenes duartistas llevan en sus cabellos una flor blanca: ¡la filoria!

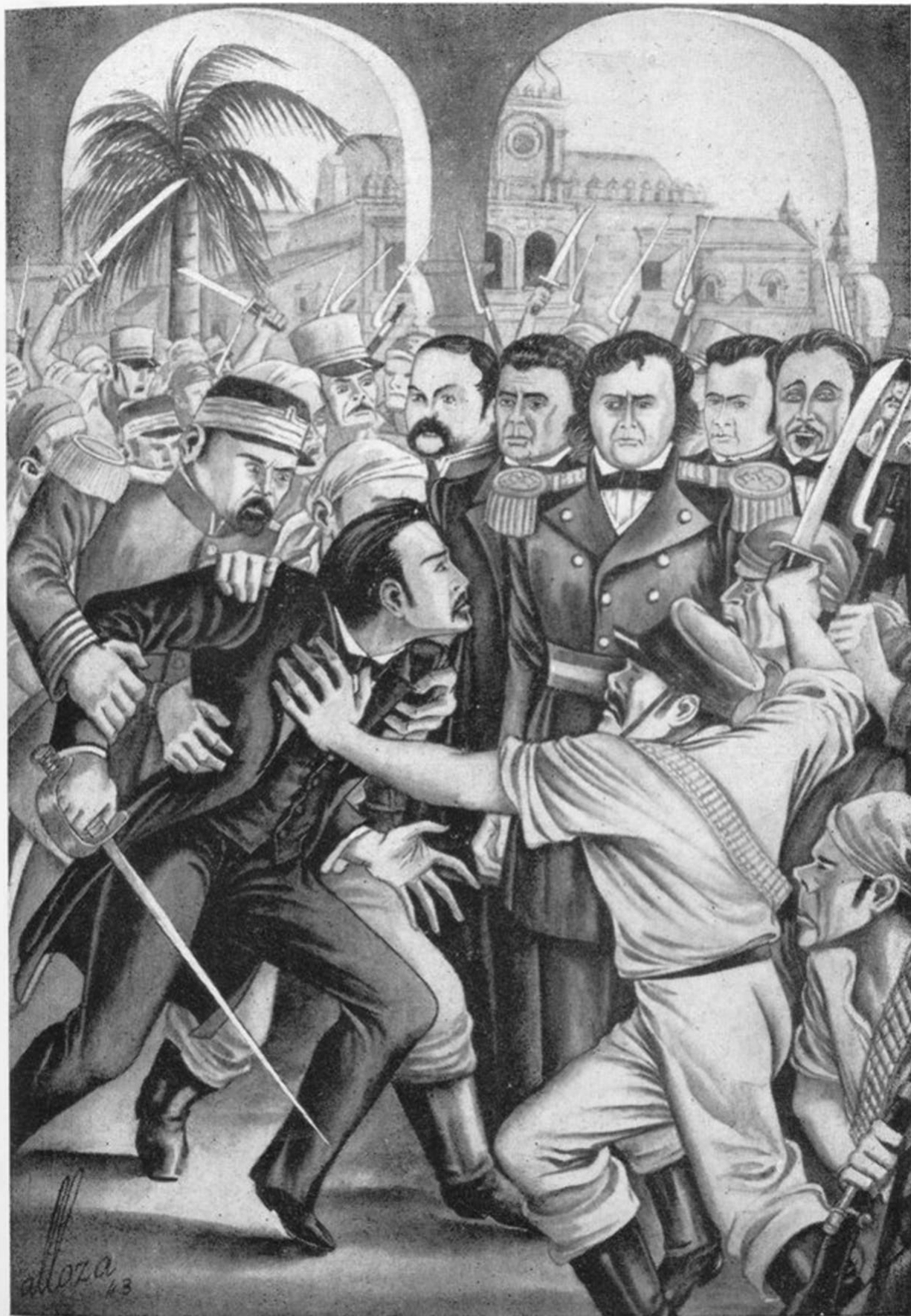
La escena del día 15 es la más dramática de todas. En ella hay un hombre que se le enfrenta personalmente a Pedro Santana, en la hora culminan-

te de su ilimitado poderío. Un joven **filorio**, de 27 años, contra un fornido hatero de 44, inopinadamente convertido en caudillo y en héroe. Sólo un loco es capaz de semejante audacia; pero sólo un cuerdo, el de más claro juicio, es capaz de comprender y de apoderarse del móvil de esa acción, de las causas que hacen deseable la muerte de Santana. Juan Isidro Pérez es ese loco; y también ese cuerdo de iluminado juicio.

Acompañado por su Estado Mayor, Santana se dirige a la Junta Gubernativa a notificarle su reorganización. No bien está en el Palacio cuando Juan Ruiz, furibundo santanista, dice a voces que la Junta **duartista** no existe desde el momento en que Santana fué proclamado Jefe Supremo. Juan Isidro Pérez protesta enérgicamente de las declaraciones de Ruiz. Nuevas voces llenan la sala. Pérez y Ruiz se increpan duramente y desenvainan sus armas. Santana corre a interponerse entre ellos y a restablecer el orden, cuando Juan Isidro Pérez, —que tiene aún vivo el recuerdo de su personificación de Bruto—, se abalanza sobre él y le grita amenazante:

**¡Si Roma tuvo un Bruto, Santo Domingo también lo tiene!**

Santana da un paso hacia atrás, y, sin inmutarse, sujeta rápido la empuñadura de su espada. Crece la confusión. En la alarmante hoguera del tumulto, Juan Isidro es la más viva centella. Juan Ruiz, “el pregonero más escandaloso de la jornada”, cobarde-



**¡Si Roma tuvo un Bruto, Santo Domingo también lo tiene!**



mente azuza contra Pérez a la turba santanista que le va encima machete en mano, pero él se salva gracias a la agilidad con que sabe defenderse de los tajos y reveses que le lanzan, y a la valiente y oportuna intervención de Felipe Alfáu y del Cónsul Juchereau de Saint-Denys.

Saint-Denys, el más idóneo testigo del incidente, deja fiel memoria de ello en su patética relación escrita catorce días después:

El 15 en la mañana el General Santana, con todo su Estado Mayor, se dirigió a la Junta... Algunas palabras bastante vivas fueron cambiadas entre uno de los miembros de ese Cuerpo, ilegalmente nombrado desde el golpe de Estado del 9 de junio, el señor Juan Isidro Pérez, y el señor Juan Ruiz, partidario de Santana. Ambos se amenazaron con sus armas. El primero se olvidó de sí al punto de faltar personalmente al General Santana quien quería restablecer el orden... El señor Juan Isidro Pérez, a quien arranqué, con peligro de mi vida, de una muerte cierta, pasa por el enemigo más encarnizado de Francia. He aquí algunos detalles de ese hecho: en el momento del altercado entre los señores Pérez y Juan Ruiz, algunos oficiales del General Santana, creyendo en un complot organizado, y pensando que se atentaba contra su vida, salieron precipitadamente de la Junta hacia la Plaza gritando: **a las armas, a las armas; asesinan a Santana!** Yo atravesaba la Plaza para dirigirme a casa de mi canciller, que estaba enfermo, en el momento en que eran proferidos esos gritos. Algunos minutos después ví al General Santana sin sombrero y empujado por su Estado Mayor que le formaba como una muralla, dirigirse rápidamente hacia el Altar de la Patria y pronunciar allí algunas palabras tranquilizadoras que eran

ahogadas por los gritos de a las armas, a las armas, que salían de todas partes. En un instante, la Plaza y las calles vecinas estuvieron llenas de seibanos que corrían en desorden a vengar a su general a quien creían asesinado. Sin comprender en nada esos gritos y ese desorden imprevisto, me acerqué al General Jimenes, Comandante Superior del Distrito, a quien ví en la puerta del mismo Palacio de la Junta, en medio de los negros a los cuales está confiado ese puesto y que ya habían tomado las armas. El General Jimenes me habló de lo que acababa de pasar y me obligó a retirarme. Iba a seguir su consejo cuando ví dirigirse hacia mí, a la carrera, al Coronel Felipe Alfáu, sable en mano, y protegiendo, con riesgo de su vida, a un joven que los seibanos querían despedazar: era el señor Juan Isidro Pérez. El Coronel Alfáu, que trataba en vano de abrirse paso hacia el Consulado, me rogó en voz alta tomar a ese joven desgraciado bajo mi protección, lo que hice sin vacilar, llevado por un natural sentimiento de humanidad, tomándolo por un brazo. Mi situación era crítica: sin insignias, desconocido por esos furiosos llegados a la ciudad desde la víspera solamente, me encontraba rodeado de bayonetas, de sables, de pistolas. Mi título de Cónsul de Francia, que yo declinaba, no me hubiera sacado de este mal paso si la casa consular hubiera estado un poco más lejos. Ayudado por el Coronel Alfáu, logré milagrosamente salvarle la vida a ese joven, haciéndole una trinchera con mi cuerpo, hasta el Consulado. Me pregunto aún cómo pudimos salir sin desgarraduras de ese círculo de bayonetas que nos rodeaba. Nuestra buena serenidad y nuestra abnegación se impusieron, sin duda, a esos hombres exasperados a quienes sus propios jefes excitaban contra nosotros, no habiéndome ellos reconocido en mi traje de mañana. Puesto el joven en lugar seguro, inmediatamente me dirigí a la Fortaleza cerca de Santana para darle cuenta de lo que había pasado y a inducirle a hacer acuartelar las tro-



...se salva de la turba santanista gracias al Cónsul Saint-Denys...





pas para evitar efusión de sangre, lo que era inminente en medio de tal desorden. Traté también de presentarme en los puntos principales para tranquilizar al público que creía que yo había sido asesinado junto con Santana. No fué sino después de algunas horas que la tranquilidad se restableció enteramente. Toda la ciudad estaba en armas y por todas partes se pedía la cabeza de Pérez y la del traidor. El señor Pérez pasó en mi casa el resto del día y la noche; y al otro, ayudado por el Comandante del Brick *Euryale*, le acompañé solo a bordo de ese barco, en medio de los mismos hombres que la víspera querían su cabeza y a quien en ese momento no reconocían.

Gracias a Saint-Denys, Juan Isidro Pérez, el más encarnizado enemigo de Francia, está en el *Euryale* a salvo de las irrefrenables hordas de Santana. El Jefe Supremo y el temible don Tomás Bobadilla ocúpanse ahora en imponer su autoridad en el Cibao, por encima de Duarte y de Mella, lo que han de lograr sin mayores esfuerzos, validos de la preponderancia del elemento militar leal a Santana y del patriótico empeño de Duarte de no conservar la desdichada Presidencia, a costa de sangre hermana, que él hiciera derramar a torrentes si no tuviera conciencia de su mesiánico destino.

A bordo del *Euryale*, en el tranquilo Ozama, ¡cuántos pensamientos turban la mente de Juan Isidro Pérez, conmovido por tan tremendas luchas! La Patria, objeto de sus largos desvelos, está en manos de sus crueles enemigos, mientras sus infortunados compañeros yacen en vil encierro, cargados de cadenas, como si la que ellos rompieran se anudara de

nuevo para venganza del hierro inanimado, gozoso del drama de los nobles patricios, de su frustrado ensueño. Del Euryale trasbordan al patriota a otra embarcación que sale rumbo a Saint Thomas.

No ignora Juan Isidro Pérez la difícil situación de Duarte, allá, en las acogedoras faldas de Isabel de Torres, llevado a indigna prisión, junto con otros próceres, por el ensañado Pedro Ramón de Mena, en cumplimiento de las disposiciones de Santana. Así se decide a salir de Saint Thomas. Pero antes declara que vuelve a su Patria y que ha de ensangrentar sus manos con la de todo lo que hay en ella de francés...

Cuando está mar afuera el barco en que retorna de Saint Thomas, amenaza al Capitán con sumergirse en el mar si no lo desembarca en Puerto Plata. El atemorizado marino así lo hace. Al llegar a la ciudad norteña, Pérez corre a abrazar a Duarte, y le dice:

Sé que vas a morir, y cumpliendo mi juramento, vengo para ir a morir junto contigo.

El no niega, como Pedro al Divino Maestro, a su Maestro en desgracia. Allí lo encarcelan junto a él y luego los remiten a Santo Domingo, bajo segura escolta.

El 24 de julio la Junta Central Gubernativa, presidida por Santana, desconoce a Duarte como Presidente de la República, y el día 22 de agosto hace pública la draconiana resolución que declara traido-



Sé que vas a morir y cumpliendo mi juramento vengo a morir contigo...





res e infieles a la Patria y que condena a perpetuo destierro a Juan Pablo Duarte, Ramón Mella, Francisco del Rosario Sánchez, Pedro Alejandrino Pina, Gregorio Del Valle, Juan Evangelista Jiménez, Juan José Illas y Juan Isidro Pérez. A Pérez y a Pina los acusan de que, en el momento de aproximarse el ejército de Santana a los muros de Santo Domingo, el 12 de julio, inútilmente instaron al General Joaquín Puello a que saliese con los cañones y con las tropas que se hallaban acuarteladas, para oponerse a la entrada de Santana, "habiendo sido notorio que en la Puerta de El Conde se le abocaron los cañones cargados de metralla". Nadie sospecha que Juan Isidro Pérez es un loco en potencia; porque a un loco no se condena ni se destierra. El es una luz invisible, un resplandor muy alto para iluminar el caos. Sus actos no son actos morbosos, sino actos de hombre, en el sentido heroico de la palabra; son manifestaciones del patriotismo, del verdadero patriotismo, que es un modo de la locura. Ese es el grave delito por el cual ha de sufrir espantosa expiación. Contra la fuerza bruta y la crueldad se ha estrellado su razón, como la espumante ola contra la roca.

Pina, en la cárcel del Homenaje, rehusa la libertad que se le ofrece a cambio de asociarse a los enemigos de Duarte. Al emisario de Santana le dice, a través de los hierros de la celda:

Dígale usted al General Santana que prefiero no sólo el destierro, sino la muerte misma antes que negar al hombre que reconozco como caudillo de la Separación.

La actitud de Sánchez es digna de él; prefiere pasar de su asiento de la Junta Central Gubernativa a la prisión, antes que participar de las violencias de Santana contra Duarte.

Santana, corre la voz por todas partes, tiene el oscuro designio de hacer fusilar a Duarte y a Mella. Don Abraham Coen, uno de sus amigos, se acerca a Santana y le hace desistir del fatal propósito:

¿Fusilar a esos hombres?, —dice. ¿Está usted loco? Nó señor, de ningún modo: expúselos usted si cree que le hacen daño.

A las ocho de la noche del 26 de agosto, en el bergantín inglés *Capricorn*, del Capitán Leweling, que sale para el lejano y frío Liverpool, arrojan de la Patria a Ramón Mella, a Pedro Alejandrino Pina, a Francisco del Rosario Sánchez y al poeta Juan José Illas. A Vicente Celestino Duarte y a su hijo Enrique también los expulsan hacia Norteamérica: en el brick *Ponce* llegan a New York, el día 7 de octubre.

El día 3 de septiembre, en la goleta de guerra *Separación Dominicana*, gobernada por el Capitán Cambiaso, llegan al Ozama los prisioneros de Puerto Plata: Duarte, Juan Isidro Pérez, Juan Evangelista Jiménez y Gregorio Del Valle, español, antiguo esparterista. Por entre dos filas de soldados los conducen a oscura prisión, mientras la multitud presencia la dolorosa escena. Duarte pasa por las calles de la ciudad pálido y deshecho; apenas puede sostenerse



Arrojados de la tierra natal hacia el distante y frío Hamburgo...



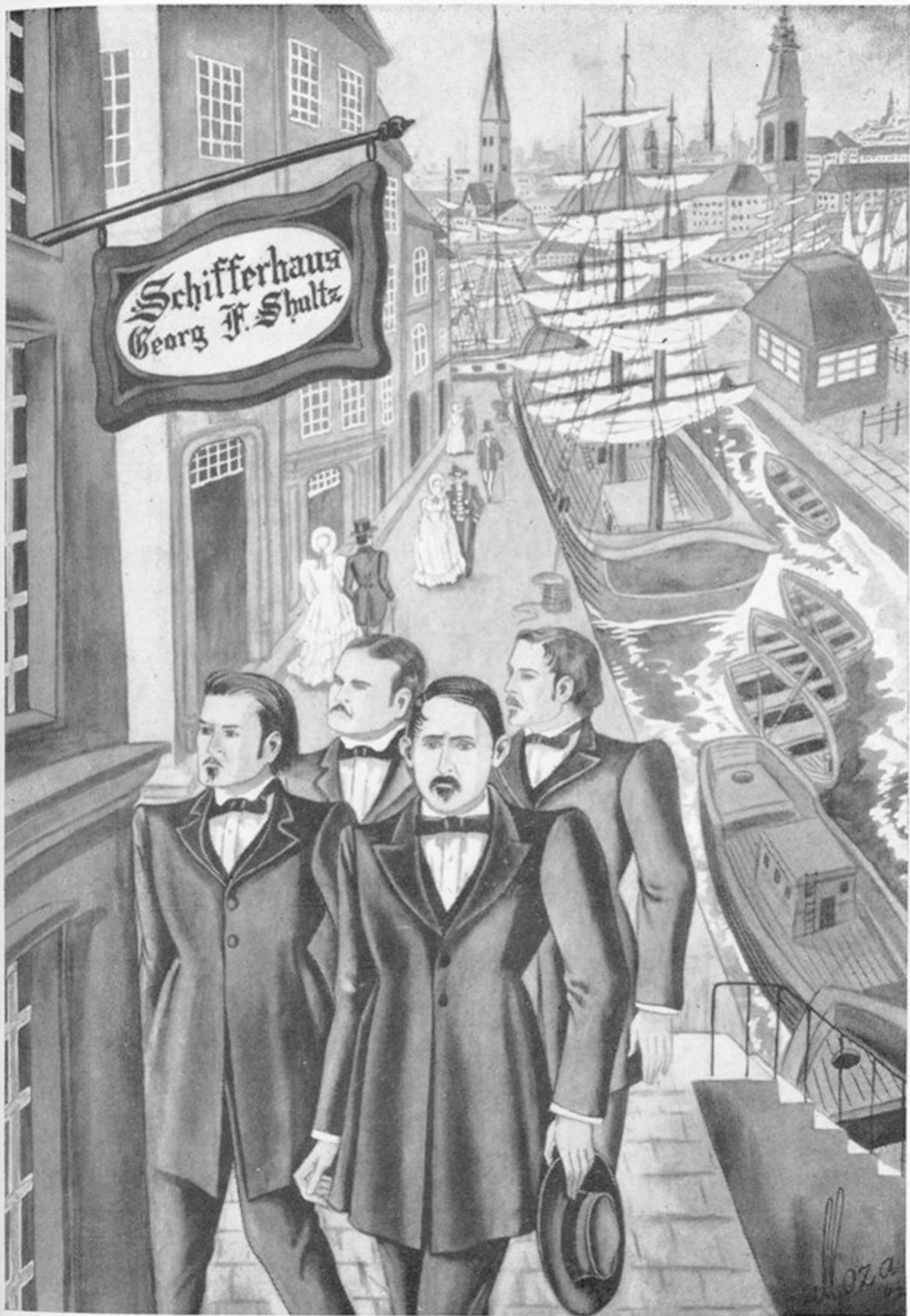


en sus piernas vacilantes por la fiebre. Jiménez y Del Valle cruzan igualmente abatidos. Juan Isidro Pérez de la Paz es el único que pasa airado y arrogante. “Es un joven de pasiones feroces”, comentan los que no conocen su alma.

En la torre del Homenaje los cargan de viles hierros. Duarte y Del Valle caen seriamente enfermos. No obstante, el día 10 de septiembre arrojan de la tierra natal a Duarte, Pérez, Félix y Montblac Richiez, hacia el distante y frío Hamburgo. Otros próceres y compañeros de Duarte corren semejante destino.

Los proscritos llegan al helado Hamburgo el 26 de octubre. Duarte y sus amigos se hospedan en la modesta Schifferhaus, la Casa de Marineros de Georg Friedrich Schultz, frente al puerto, en la vieja calle de Erste Vorsetzen.





Se hospedan en la Casa de Marineros de Schultz, en la calle de Erste Vorsetzen...



**T**AN frecuentes y hondas impresiones han turbado de tal modo el espíritu de Juan Isidro Pérez que, no obstante los ruegos y consejos de sus compañeros de viaje y de infortunio, se resiste a descansar de las fatigas y penalidades de la larga travesía, y a los tres días de haber llegado a Hamburgo se embarca de nuevo en otro barco de vela que zarpa hacia Saint Thomas. El patriota quiere estar cerca de su Patria; quiere “llenar con la proximidad de la Patria el vacío que la ausencia de ella ha abierto en su lacerado corazón”. Esa preocupación de su espíritu es capaz, por sí sola, de desconcertarle y de ponerle delirante. Abatido el ánimo por la insólita crueldad de sus adversarios y por negros y profundos desencantos, comienza a dar las primeras inquietantes señales de su demencia. La exaltación, la ausencia de sueño se han apoderado de él, y en esas circunstancias no puede haber circunspección, ni tino, ni prudencia. ¿No es él, sin embargo, el que tiene más

tino, al huir bien pronto de la fría ciudad que está a punto de ser azotada por crudo invierno?

Las mismas ansias, las mismas pesadumbres que le afligieron en la ciudad hanseática, le angustian al llegar a Saint Thomas. En la isla danesa le atribuye a la vida sedentaria la espesa melancolía que le invade y el sombrío divagar de su razón, lo que le impulsa a seguir viaje hacia Curazao, con esperanzas de alivio para su alma. Allí encuentra a otros tristes compañeros de proceridad y de desgracia, a Francisco del Rosario Sánchez y a Pedro Alejandrino Pina, cuyos padecimientos acrecientan los de su sensible corazón. Desde allí le escribe a Duarte. No sabe hacia dónde dirigirse. Dice que su estada en la isla obedece al propósito de “observar la marcha de la revolución” dominicana, y en el acto rectifica, como si el viento cambiase desordenadamente la agitada veleta de sus ideas: “Allí permanecía involuntariamente sin saber para dónde tirar...”

Muy pronto emprende repentino viaje a Maracaibo, donde le espera, no el reposo que ha menester su atormentado espíritu, sino la funesta impresión que ha de trastornarle para siempre. “¿Por qué caminos se llega a la locura? ¿Cómo se extremece el alma antes de romper las amarras para lanzarse a ese universo nuevo? Un choque de la materia o de la sensibilidad puede determinar la locura en cualquiera de los puntos de su gama infinita”. Juan Isidro Pérez está, al fin, en el sombrío pórtico de la demencia; a un paso no más de la inextricable selva oscura del

entendimiento; como la hoja vacilante que al desprenderse de la rama ya es juguete del viento.

Celébrase, en Maracaibo, una de esas animadas fiestas de barrio tan comunes en los pueblos americanos. Al desembarcar, tropieza Juan Isidro con una alegre multitud que va por las calles de la ciudad con música y banderas desplegadas, repitiendo a coro un estribillo:

**Para el desgraciado todas son disposiciones.**

Es tal el grado de su excitabilidad y tan viva su alucinación, que se encapricha de que ésta es una alusión a su persona, anunciadora de su fatal porvenir, y se acobarda de tal modo que huye del mal recibimiento que según su perturbado juicio acaba de recibir en la Reina del Lago; dirige sus errantes pasos por la ruta de Curazao hacia el Oriente de Venezuela, dispuesto a alejarse más y más de los lares patrios, como luego ha de hacerlo Duarte en las selvas venezolanas, pero cuando llega a Cumaná ya no sabe darse cuenta de lo que pasa en su cerebro y en su corazón: ¡está demente! Es su fantasía que, distorsionada, se convierte en locura. Una sola impresión bastó para otorgarle el don de la palabra al hijo del poderoso Creso; una sola impresión basta para que el noble patricio dé clara señal de su demencia. Es la misteriosa evolución de su locura, que llega a un punto culminante. Sus fuerzas mentales han ido desgastándose, imperceptible y gradualmente, hasta el debilitamiento que al fin produce la tragedia: el



oscurecimiento de la razón más lúcida, el eclipse de una resplandeciente luz encendida en el ara de la Patria. No obstante, Pérez sigue siendo la vida más diáfana en el augusto drama de la República; siempre en la misma austera actitud; como esas piedras venerables que al paso del huracán lucen más limpias.

Las tremendas sensaciones sufridas por Juan Isidro Pérez, hijas de su exarcebada pasión por la Patria, no son en él superficiales, sino tan hondas que han ido penetrándolo hasta llegar a la razón, **infeccionándola y corrompiéndola**. Sin embargo, la conciencia, que puede alterarse y pervertirse en el desarrollo de las enfermedades mentales, ni se pervierte ni se altera en este loco. Es tan pura que resiste todas las transformaciones del organismo que la contiene; todas las crisis que bastarían por sí solas para aniquilarla por completo. Como ante el loco Torcuato Tasso, el inmortal poeta, Montaigne podría exclamar: “Ved la mutación que ha experimentado por su propia agitación uno de los ingenios más juiciosos... ¿No tiene que estar reconocido a la vivacidad que le mató? ¿A la claridad que le cegó? ¿Al acertado y constante ejercicio de las facultades que le dejaron sin razón? ¿A la rara aptitud para los ejercicios del alma que le dejaron sin alma ni ejercicio?” Cuando Cervantes se compadece de su propia creación, del loco hidalgo de la Mancha, exclama: “siempre las desdichas persiguen al buen ingenio”. Eso es Juan Isidro Pérez, el buen ingenio de las luchas patrias, cuya inseparable sombra es la desgracia.

No en vano en la antigüedad el loco era mirado a veces como inspirado por Dios y otras como víctima de celeste y vengativa cólera. En realidad, es la demencia infortunio tan grande, que Dios quiso que la misma víctima ignorase su desdicha. En lo hondo del mar, el agua quieta en que vive la madrepora ignora el suplicio de las olas bajo el sol y el viento. Y así como es abominable y digno de aversión y desprecio el loco-vil, el vil-loco, así es digno de conmiseración y de piedad el loco-noble; el que, perdida la razón, todavía conserva la pureza de sus sentimientos: éste es una llama vacilante oscurecida por la borrasca de la vida o por el amor o por la pasión de Patria, como Juan Isidro Pérez; aquel puede ser, no más, una torpe simulación de la locura bajo la cual se trata de esconder la perversidad del alma. Por eso, frente a estos aborrecibles entes, muchos habrán de preguntarse: ¿es un loco o es un perverso? Mezcla de ambos, responderá el buen juicio.

Los que creen en el origen sobrenatural de la locura, aquí tienen un ejemplo; los que ven en la enajenación un estado de sufrimiento, digno de compasión y de piedad, aquí tienen de qué compadecerse y apiadarse. ¡Y qué preciosa cantera encontraría en el Ilustre Loco algún moderno Erasmo para su **Elogio de la Locura!**

Afortunadamente, Juan Isidro está en las hospitalarias playas venezolanas, siempre acogedoras para los desterrados dominicanos, y así nunca le falta el sustento ni tampoco las consideraciones a que es

acreditor por los timbres de su glorioso pasado y por lo grande y sublime de la desgracia que le aflige. Está como en su propia casa, en el noble hogar cumanés del Coronel Juan José Quintero, quien le cuida piadosamente como a un hijo.

Ya es un loco el desdichado prócer. Pero, a veces, un celeste destello le ilumina el alma y las trágicas sombras de la locura se ausentan de su mente. En sus horas de clara lucidez le escribe a Duarte, —que desde fines de 1844 está en Caracas, no muy lejos de Cumaná—, y le trasmite noticias de Santo Domingo, nó sin dejar de referirse con amargo despecho a Bobadilla y a Manuel Joaquín Del Monte, implacables adversarios de los **duartistas**, a los que tuvieron la crueldad de destrozarle el alma. Sin embargo, jamás menciona a Pedro Santana. ¿Por qué? Antes que nadie se adelanta Pérez a predecir la malaventura de José Joaquín y de Gabino Puello, fusilados dos años después:

Cumaná y septiembre 25 de 1845.

Mi apreciado Juan Pablo:

...Dos o tres meses permanecí en Curazao, en compañía de Francisco Sánchez y de Pedro Alejandrino Pina: de allí te escribí una carta con Miguel Umeres, que si la recibiste habrás pensado lo que conviniera. Mi estada, en Curazao, no tenía otro objeto que observar la marcha de la revolución, digo mal, allí permanecía involuntariamente, sin saber para dónde tirar; pues en Caracas había estado el año 43, y baste decirte esto. Al fin resolví venirme a Cumaná casa del Coronel Juan José Quintero. Como tú sabes **yo**

había conocido a este señor en Santo Domingo, sabía que era hombre decente y que sus facultades le permitirían protegerme.

...Sufro sin embargo, amigo; porque después de haber perdido la juventud en nuestro país, me desespero por tener casa y demás medios para poder subsistir en la expatriación con aquella honradez, digna de buenos dominicanos: mal que le pese a Don T(omás) B(oadilla) y Don M(anuel Joaquín) D(el Monte)...

Cerca de tres meses estuve en Curazao; y durante este tiempo llegaban a mí noticias del estado de Santo Domingo: paréceme que las cosas han variado mucho allí: y tanto que ya sabrías cómo se atentó a la vida de Felipe Alfáu... porque esta reacción a cuya cabeza dizque estaba M. Mora tenía por objeto matar...; otras cosas también sabía del azaroso J(oaquín) P(uello) que me convencía de un pronunciamiento de clases, al mismo tiempo que advertía la energía del Gobierno; y creeré que si han fusilado a M. Mora, bien podrá echar las suyas en remojo el niño P(uello); lo siento por G(abino Puello), que es de excelente condición...

Nuestra conciencia, nuestra honradez y la patria, paréceme nos imponen el deber de sufrir hasta tanto brillen días más serenos; yo a lo menos así lo pienso, y creo que tú pensarás del mismo modo. Sin embargo, yo estoy a tus órdenes, nunca pienses nada sin hablar conmigo; que si me ha faltado juicio, puede que en lo sucesivo me sobre un tantito.

Adiós, Juan Pablo: cópiamele esta carta a tu buen hermano Vicente para que la reciba por suya; y reitérale la amistad con que me suscribo tu compañero de infortunio.  
**Jn. I. Pérez.**

Por encima de las imprecisas señales de su demencia, ahora resplandece con más fuerza la vivacidad de su razón, la hondura de sus juicios, más tierna su piedad, más humanos sus odios, más profunda su devoción por el Maestro. Juan Isidro le escribe otra vez el 25 de diciembre de 1845. La carta de este loco, su testamento moral, está animada por un soplo extraterreno; una intensa claridad la baña en ondas de júbilo y dolor, de melancólica piedad y de justicia. En el drama de Juan Isidro Pérez, esta carta equivale al monólogo de Hamlet, pero no es “un momento de suprema anarquía del espíritu”, sino de suprema lucidez:

Cumaná y diciembre 25 de 1845.

Señor Juan P. Duarte y Diez.

Juan Pablo, amigo, tu carta del 15 del mes que expiró me fué entregada por Cesáreo Prado ayer que llegué del campo, en donde he pasado más de un mes, en compañía del coronel Juan José Quintero.

La lectura de casi toda tu muy agradable, me transportó de júbilo, al verte juzgar del estado actual del país del mismo modo que he juzgado yo y juzgo aún; y esto te lo probará el tenor de ésta, si bien el de mi anterior, algo confuso e inexplicativo, pudo hacerte creer de mí lo que no ha pasado, ni pasa, ni pasará nunca por mis cabellos. Empero, Juan Pablo, si fué grande mi contento al leer casi toda tu carta, las últimas líneas de ella, en que hablas de la situación de ustedes me ha contristado de tal manera, que en vano me propondría ser alegre y grande en mi carta; porque mi aflicción excede a las pocas reflexiones de

filosofía y religión que ocurren a mis mientes. No obstante, voy a hablarte de mí nuevamente, y de mi modo de ver el actual estado de cosas de nuestro país.

Ni mi edad ni mis padecimientos por la revolución dominicana, ni mi índole; todas estas cosas, no habiendo podido precaverme de la suerte que sufro inicuaamente, parece que el hado adverso como que se ha valido de ellas para hacerme padecer agudas y tremendas penas. Cuando pienso y reflexiono en mi edad y circunstancias, discurro: ¿Qué conceptos se formarán de mí, de un joven expulsado a perpetuidad de su país natal? Ideas, en verdad, bien aflictivas, Juan Pablo, porque tu sabes el cálculo y graduación que se hace siempre de la suerte del hombre... Empero, tú conoces mi alma. Estos pensamientos son los que atacan en estos momentos mi existencia. Pues bien, Juan Pablo, la religión debe superarlos todos, y ella me proporciona el alivio, derramando un bálsamo de consuelo en mi conciencia, que me recuerda no haber deseado toda mi vida sino la libertad, felicidad y ventura de nuestra idolatrada patria. Ella me recuerda que el bien de este objeto fué nuestro único móvil, nuestro único interés; ella me recuerda, en fin, no haber odiado a nadie; y sólo sí he aborrecido a aquel o aquellos que, a mi modo de ver, han conspirado siempre contra nuestra idolatrada patria. Y este raciocinio me ampara dichosamente; con cuánta más razón no deberá este mismo discurso hacerte sobrellevar filosófica y cristianamente la situación de ustedes todos? Tú puedes decir como Napoleón: "los hechos brillan como el sol".

Sí, Juan Pablo, la historia dirá que fuiste el Mentor de la juventud contemporánea de la patria; que conspiraste, a la par que tus padres, por la perfección moral de toda ella; la historia dirá: que fuiste el Apóstol de la Libertad e Independencia de tu Patria; ella dirá: que no le trazaste a tus compatriotas el ejemplo de abyección e ig-

nomina que le dieron los que te expulsaron cual a otro Arístides; y, en fin, Juan Pablo, ella dirá: que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa, que, con una honradez a toda prueba, se opuso a la enajenación de la península de Samaná, cuando tus enemigos, por cobardía, abyección e infamia, querían sacrificar el bien de la patria por su interés particular. La oposición a la enajenación de la península de Samaná, es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución.

Vive, Juan Pablo, y gloriáate en tu ostracismo, y que se gloríen tu santa madre y toda tu honorable familia...

No puedo más. Mándame a decir, por Dios, que no se morirán ustedes de inanición: mándamelo a asegurar; porque esta idea me destruye. Nada es sufrir todo género de privaciones, cuando se padece por la patria, y con una conciencia tranquila; mándame a asegurar, en tu primera carta, que no perecerán de hambre!!!...

En aquella ciudad, (Curazao), mi querido Juan Pablo, sufría inauditamente con la vista del benemérito y desgraciado Francisco Sánchez, quien, a pesar del tremendo golpe que recibiera en nada manifestó la menor alteración hacia tu amistad. Nunca creo será tarde para que le escribas a tan buen amigo y contribuyas con esto a aliviar un tanto el intenso y acerbo dolor de esta víctima...

Se me olvidaba decirte que el senador Linares ha levantado su potente voz en favor nuestro. Plugiera al cielo operar una fusión de todos los partidos, sin que se interrumpiera la marcha de nuestra revolución, a fin de dejar afianzada para siempre la hermosísima República Dominicana!

El tiempo y la experiencia son los dos más grandes maestros del hombre. Feliz aquel que en la primavera de



la vida padece los trabajos que sufrimos sin pervertir su corazón! Esta reflexión me la aplico a mí, que, a fuer del infortunio, me confirmo en odiar a los enemigos de mi Patria, por cuya felicidad y ventura elevo votos al cielo.

Tu invariable y reconocido amigo, **Juan I. Pérez de la Paz.**

Tal es el singular estado de alma de Juan Isidro Pérez, en cuyas tribulaciones hay serenidad bastante para juzgar mejor que nadie, —anticipándose al veredicto de la historia—, la patriótica labor de Duarte en oposición a los proditorios planes de Bobadilla. Sin embargo, el hombre que siente y piensa así es un loco. ¿Cuál es la parte de su razón que está oscurecida? Su actitud moral es la misma de siempre. Es una razón que en supremos instantes concentra en sí toda su luz, que se apaga; como la ola que crece y se corona de espumas antes de romperse.

Cada día se acrecienta aún más la filial devoción de Pérez por su Maestro y compañero de ostracismo; y como si su espíritu deseara aligerarse de su carga de amor, le escribe a Duarte, siempre con el mismo fervor y con las mismas ansias de días más serenos para la Patria y para sus atormentados corazones:

Cumaná y febrero 26 de 1846.

Mi nunca bastante querido amigo:

En este instante, Juan Pablo, que contesto tu inapreciable del 23 de los corrientes, me encuentro rodeado de algunas ocupaciones, aunque muy sencillas; y esto y el cúmulo de sensaciones que afectan mi alma, me impiden



escribirte muy largo; pero baste decirte, Juan Pablo, que el tenor de tu última carta me ha hecho respirar un poco más tranquilo por tu suerte; y a Dios elevo fervientes votos porque tengas feliz éxito en tus empresas mercantiles...

Respectivamente a la generosa correspondencia tuya por el cariño que te consagro, debo manifestarte que Juan I. Pérez, si no es hombre justo, tú sabes que el espíritu de justicia ha animado siempre su débil existencia; y cualquiera demostración mía hacia tí, de alta consideración y amor entrañable, de ningún modo merece la más mínima retribución tuya; porque a tí se te debe de justicia; sí, mi querido Juan Pablo, de justicia.

A mí el infortunio no me abate nada, absolutamente nada: el alma nuestra padece otro género de pesares; y así al tenor de tu última carta nada más te contestaré; **que je suis content de vous.** Tú, Juan Pablo, atropellado por la fortuna, sabrás empero conservar serenidad! Esta es tu obligación, pues la historia de nuestro país contempla las acciones tuyas en tu ostracismo.

Mi conducta ha de ser irreprochable como la tuya; y esto lo opongo al infortunio, muy esperanzado en que el Todopoderoso ha de poner término a nuestros actuales sufrimientos.

Adiós, Juan Pablo, sé feliz, que tu dicha alivia la suerte mía; bien que ella no es mala. Reitera a tu santa madre y tu honorable familia los sentimientos de alta consideración y respeto de tu invariable, afectísimo y reconocido amigo, **Jn. I. Pérez.**

Algunos meses después, nuevamente le escribe a Duarte desde el hospitalario hogar del Coronel vene-

zolano Juan José Quintero, a quien dedica enternecedores conceptos de gratitud. Como en su carta del 25 de diciembre de 1845, otra vez hace el elogio del “único vocal de la Junta Central Gubernativa” que se opuso a los lesivos planes del Protectorado francés. Al escribir, sobre su razón descenden las sombras que le oscurecen, y él mismo confiesa que concluye su carta porque su “alma se quiere ya afectar”; su alma, que es la parte sensible de su ser, blanda y débilmente vulnerable a su demencia de pasión:

Cumaná y julio 26 de 1846.

Mi nunca bastante amado Juan Pablo:

...Acogido por el señor Juan José Quintero como hijo, hasta hoy permanezco casa de mi honorable bienhechor: tanta es la benevolencia, la decencia y generosidad de él y de toda su familia en general, que nuestra delicadeza nada sufre por el luengo tiempo que llevo de permanencia en esta casa. ¡Oh Juan Pablo!, a adoptar por Padre y atender primero al Coronel Juan José Quintero, que a los autores de mis días, me fuerzan las circunstancias, que quisieron crear aquellos buenos dominicanos, de quienes nada sé, ni de mi madre, de nadie absolutamente; y así te estimaré me digas algo de nuestro país.

...Todo me revela de parte de mi honorable bienhechor un vivo deseo de hacerme feliz. Dios conserve la útil existencia de él, la mía para corresponderle tiernamente, y para verte pronto a tí también siendo feliz. Tus virtudes a ello te hacen acreedor, y mi dicha se ensanchará siendo tú partícipe de ella.

Voy a concluir mi carta, porque mi alma se quiere ya afectar, y un peso enorme me embarga. Vive, Juan Pablo,



vive. El honor y tu honra no te la arrebatan los B(obadi-lla) y D(el Monte, Ml. Joaquín), estos dones te son inmarcesibles. La historia dirá: fué el único vocal de la Junta Central Gubernativa, que con una honorabilidad a toda prueba, se opuso a la enajenación de la península de Samaná, cuando los que te expulsaron, cual a otro Arístides, conspiraban a sacrificar el bien de la Patria, por cobardía, abyección e infamia.

A tu señora madre, a toda tu honorable familia, reitera mis sentimientos de alta consideración y respeto; a **Simón** inmortal, al ilustre Vicente, que reciba esta por suya, y a entrambos el corazón de su más amantísimo amigo, **Juan Isidro Pérez**.

Antes de cerrar la amorosa epístola, recuerda a otros amigos y compañeros de padecimiento, y pregunta por ellos:

Dime de Sánchez, Pina y Rafael Rodríguez; porque puedes considerar lo que padecerá mi alma, dime cuál es la suerte de estos buenos amigos: y la de Félix Ruiz. Vale.

## XI

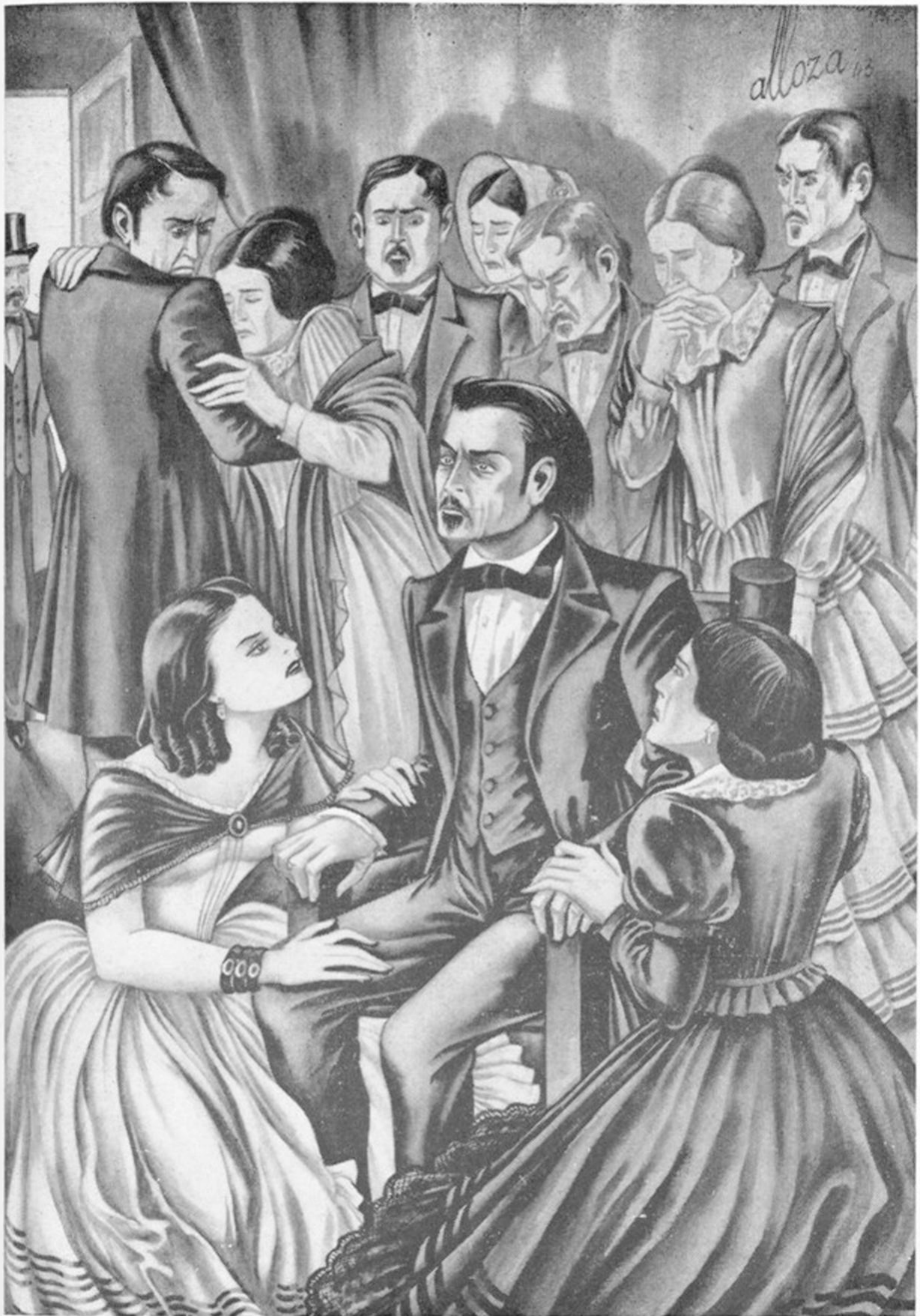
**E**N 1848, cuando la renuncia del General Santana y la ascensión del General Jimenes a la Presidencia de la República les abren las puertas de la patria a los próceres proscritos, Duarte, Sánchez, Mella, Pina y Pérez, los amigos y protectores de Juan Isidro, perdida la razón, le ponen solícitamente en camino de la tierra natal. El generoso Juan José Quintero abraza al desdichado, quien no acierta a expresarle a su noble protector los hondos sentimientos de gratitud que poseían su alma.

Deja el prócer la hospitalaria tierra de Venezuela que Duarte se niega a abandonar, y en cuyas oscuras selvas se interna cada día más, llevado por su pasión de Patria a una renunciación mística que parecería locura al que no leyese en los tristes ojos del patricio el espantoso drama de su alma. ¿Y por qué? Porque él vivía su propia doctrina. “La política, —decía—, no es una especulación: es la ciencia más pura

y la más digna, después de la filosofía, de ocupar las inteligencias nobles". Y ésta era arma demasiado débil para enfrentarse al caudillismo, mal de su Patria, que ya encarnaba funestamente en Santana y en Báez, y que tenía su plena justificación en el postulado político de Bobadilla: "La realidad es el único alimento de los pueblos y de los hombres".

¡Triste y conmovedor retorno! Al llegar al Ozama, como nadie le espera, el atribulado Juan Isidro desembarca cautelosamente, y no queriendo atravesar las calles que fueron escenario de sus hazañas y desgracias, se dirige por extramuros a la Puerta de El Conde; pasa por ella, precipitadamente, hacia su casa; llega; sorprende a su adorada madre, dándole un estrecho abrazo; imprime un beso en la temblorosa mano de la anciana, y luego, como si se desvanecieran todas las fuerzas y toda la claridad concentradas en su ser en ese instante, se deja caer en un asiento, mudo e inmóvil, "con la mirada puesta en el suelo y la imaginación sólo Dios sabe dónde". Es como el acceso de mutismo que sufre Jesús en el Pretorio, ante Herodes Antipas. Así se produce en este ser, todo actividad, todo indesmayable dinamismo, una profunda desarmonía entre su agitada vida de razón y su inerte y silencioso estado de locura.

Ni ruegos ni lágrimas, ni la adolorida ternura maternal, ni los amigos y parientes que acuden a darle la bienvenida, logran arrancarle de ese silencio. También es en vano que le lleven de su hogar al de la hermana más querida. La misma impenetrable



...se deja caer en un asiento, mudo e inmóvil...



mudez sella sus labios. Es una espesa melancolía, una abstracción de la que nada le sustrae. La mirada fija en un punto, como ante una imagen misteriosa; la fisonomía sin expresión; el cuerpo enmagrecido; la frente pálida como un cirio que acabara de apagarse. Nada le distrae ni le aparta de su tétrico arrobamiento, éxtasis en que está sumido largos días, al cabo de los cuales comienza a proferir palabras incoherentes reveladoras de que ya su enfermedad no presta esperanzas, y que debe considerarse como un hombre perdido para la Patria y la familia. La irresistible magia del amor no logrará poseer de nuevo sus sentidos, ni acelerar el adormecido ritmo de su corazón. Ya nunca jamás la vida le ofrecerá sus más hondos deleites. El amor que le tuvo a María Josefa Pérez Guerra, sufrió definitivo eclipse del cual apenas brillan dos luceros insuficientes para alumbrarle el alma: sus hijas Leticia y Elvdia. Quizás él es un suicida del espíritu; sol apagado que todavía gravita en el misterio del cosmos. "Los dioses mueren si el entusiasmo desfallece. Cuando muere Psique, muere también Pan. No vale la pena vivir la vida vulgar: todo es sin sabor y sin alma, fuera de los instantes de entusiasmo".

Empero, la demencia de Juan Isidro Pérez es indefinible, —no hay dos locos iguales—, es una locura parcial; sus facultades están en desorden sin que todas estén afectadas. Pero ya es indiferente a cuanto le rodea. ¿Es esta una locura? ¿No hay hombres de sano juicio indiferentes al bien y al mal, de la



familia o de la Patria? Donde antes había un exaltado ahora hay un ser frío y silencioso; la inercia ha sucedido a la actividad patriótica, sin que el sentimiento del patriotismo haya desaparecido en su conciencia. Y eso basta para que le juzguen loco. En realidad, esa transmutación, operada en un acceso de evidente locura, es sólo un paso de la movilidad psíquica a la inmovilidad; un desdoblamiento de la personalidad: es un hombre que piensa, pero que ya no actúa como antes; es una luz que ha perdido su calor, pero que sigue resplandeciente y viva.

En la organización humana hay fuerzas negativas que dominan al sujeto en tales términos, que, no obstante el buen juicio y a pesar de toda la voluntad, el individuo queda inerte, como un río cuya corriente se detuviera sin perder su claridad y su armonía. Siempre hay en el hombre algo superior a su voluntad; siempre hay en el organismo una potencia que el hombre no domina. Juan Isidro es un alucinado, en las crisis de su demencia; luego una mente reflexiva en un ser desorganizado. Un alma introvertida, insuficiente para animar el seno de una piedra.

## XII

**I**NFORTUNADO loco! Ni siquiera le sirve de escudo la demencia para librarle de nuevos y más crueles atropellos! Su situación ha de empeorarse con los sucesos de 1849, —la caída de Jimenes—, que significa el triunfo de varios de sus émulos de 1843 y 1844.

De tarde en tarde, Juan Isidro va a las playas de Güibia, y allí se queda largas horas, inmóvil, pensativo, con la mirada puesta en el horizonte, náufrago de sí mismo, de pies en medio de las olas que bañan su cuerpo, ajenas a las tremendas tempestades de su alma. Otra veces pasea meditabundo, como un sonámbulo, por las cercanías de la ciudad. Pero, hasta de ese goce le priva su desdichada estrella. En varias ocasiones, al pasear por las afueras del Rastrillo tuvo Juan Isidro la mala suerte de cruzarse en el camino con don Manuel Joaquín Del Monte, uno de los prohombres del Gobierno, quien dirigía sus pasos a la residencia de verano que poseía en San

Carlos, circunstancia que éste, “acaso el de pasiones más vehementes entre los políticos dominicanos” de la época, no atribuye a la casualidad sino a la concertación de algún siniestro plan fraguado contra su vida. Ese infundado pensamiento le basta para que se apresure a denunciar el caso a las inmisericordes autoridades policiales, las que no vacilan un punto en arrancar en el acto, de su hogar y del piadoso cariño de los suyos, al infeliz demente.

De ahí lo llevan a la fuerza al Hospital Militar, que es también casa de orates, y cometen la extrema crueldad de encerrarlo en el mismo calabozo en que está Hilario Girón, loco furioso desde muchos años. Exacerbado Girón por la inesperada presencia del desconocido, hace esfuerzos inauditos por desatarse para acometerle y devorarlo. Desátase al fin la espantable fiera cautiva, trabándose en seguida lucha espantosa entre ambos desgraciados. No es lucha de dos hombres, sino de dos fieras de la selva: se desgarran con hirviente saña; ruedan por el suelo; se levantan y acometen de nuevo con más furia. Es la energía salvaje desorbitada, en que se agitan ferozmente la ensangrentada zarpa del león y el acerado colmillo de la pantera. Sólo la extenuación logra detenerles, pero a Juan Isidro le ha tocado la peor parte: Girón le ha dejado manco de una terrible dentellada.

Después de la tremenda escena, los verdugos del Ilustre Loco le preparan una celda aparte en que le encierran algún tiempo, hasta que, abatidas sus es-



Girón le deja manco de una terrible dentellada...





casas energías, completamente enervado por tan crueles sufrimientos, alcanza trabajosamente la gracia de que le abran la puerta de la indigna prisión y le permitan salir al patio del hospicio.

Allí le ve el poeta adolescente Manuel Rodríguez Objío, en 1855, y escribe su doliente poema **Los héroes del 27 de febrero**. La imagen de Juan Isidro Pérez pasa fugaz por sus tristes versos:

Demente en un hospicio, condenado  
a soportar su mísera existencia,  
uno de ellos está; su indiferencia  
revela hondo martirio abrumador...

La visión del **Ilustre Loco** lleva al ser infantil de otro poeta las primeras amarguras de su espíritu, que luego reaparecerán en los más tétricos versos que puedan concebirse:

¡Ilustre mártir! ¡Qué crimen!  
Matar la luz... ¡la conciencia!

También el que ha de ser, con el tiempo, historiador nacional, pero que ya sirve a la patria desde temprana edad, José Gabriel García, contempla con los ojos del alma y de la carne el doloroso espectáculo de esta locura, cuyo patético recuerdo no dejará extinguirse, sino que ha de darle vida en sus más conmovedoras páginas.

Los apiadados carceleros de Juan Isidro Pérez llegan a permitirle que salga a la calle, hasta que,

ampliándole esta licencia a medida que se calman y desaparecen los odios políticos, le dan completa libertad. Así retorna a su hogar, deshecho, como bajel perdido arrojado a la ribera por tremenda y larga tempestad.

Ni el amor, ni la piedad, ni los más tiernos cuidados logran volverle ahora a permanente estado de razón. Por intervalos sufre accesos desconcertantes, reveladores de la desorganización de su cerebro, después de los cuales, como estrella que surgiera de un antro, recupera lucidez bastante para discurrir con las personas que vienen a hablarle de temas literarios. ¿Por qué, sin embargo, permanece en silencio cuando alguien osa hablarle de política? ¿Ve en ella la funesta deidad, la Némesis origen de sus males? De esta circunspección y reserva sólo se le ve salir en caso extremo: así en 1861 cuando Pedro Santana comete el triste error de la Anexión a España; así en 1865 cuando algunos distinguidos generales sublevados contra el Protectorado, el Gobierno del General José María Cabral, cometen el insólito hecho de proclamar Presidente de la República a Buenaventura Báez, tristemente ajeno a las luchas restauradoras que acaban de darle a la Patria nueva libertad. Tan graves sucesos, que despiertan y hieren su invencible conciencia de patriota, le arrancan juiciosas consideraciones con las cuales condena, antes que la historia, “el egoísmo y la ambición del uno, así como la ligereza y la inconsecuencia política de los otros”, como si su alma radiante y lúcida en esos instantes iluminara el espantoso caos de su vida, y las desdi-

chas de la Patria le hiciesen hundirse de nuevo en sus propias tinieblas.

En efecto, en los tristes días de la Anexión a España, después de largo silencio llegan a Santo Domingo noticias de que Duarte está en Caracas. Ello es suficiente para que en el alma de Juan Isidro Pérez se haga la luz, como si una esperanza de redención ahuyentara las nieblas de su entendimiento, y le incitara a escribirle a su amado Maestro. ¿Qué diría su carta? Apenas lo que recuerda el Fundador, en un apunte angustiosamente breve:

1863, enero 20. Llega de Santo Domingo mi tío el General Mariano Diez y me informa del estado en que se encuentra el país, y el júbilo con que los dominicanos reciben la noticia de que me hallaba en Caracas dispuesto a salvar por segunda vez la patria de la dominación extranjera, y me trae carta de mi amigo tan querido como desgraciado, Juan Isidro Pérez de la Paz, en que me decía: Santo Domingo desea saber de tí y yo que he leído tu carta le daré las más plausibles noticias de tí...

Francisco Martínez de León, devotísimo amigo de Juan Pablo Duarte, —quien, por su lealtad a la causa separatista y por su presencia de ánimo, sirvió de valeroso custodio a Juan Isidro Pérez la noche en que éste tomó el barco que le llevó al destierro en 1843—, le decía a Duarte, en una carta que desde Puerto Rico le escribió el 9 de agosto de 1864:

En febrero pasado fuí desempeñando una comisión de la casa en que trabajo a Santo Domingo y tuve la gran



pena de ver a nuestro desgraciado amigo Juan Isidro, cuya locura no le impide sin embargo abrigar pensamientos nobles y honrados en favor de la ilustración y la buena causa.

También sus facultades físicas tienen sus días de lúcida actividad. Entonces se complace en adiestrar en el arte de la esgrima a algunos jóvenes. Como en los tiempos de sus contiendas con la ronda haitiana, maneja la espada certeramente, como un consumado mosquetero. Y al que se desvía de las reglas de honor de la esgrima, en una jugada poco limpia, le dice que ha de ser hidalgo lo mismo en el juego que en el combate, y le abandona la espada en gesto digno de D'Artagnan.

Así vive Juan Isidro Pérez de la Paz, en alternativas de razón y de demencia, sumido en largo silencio y obstinada inmovilidad. Hay en él esa confusa mezcla de elementos inmutables y variables que desconciertan la conciencia moral. Pero el alma, —como dice el Padre Maher—, posee “energías mentales inconscientes”. Su espíritu parece que está envuelto y arrebatado en la nube de sus amargas reflexiones. Como en Hamlet, un aire de pensativa tristeza ha hecho presa de su frente, limpia de áspera y ceñuda melancolía. Es una locura sin comicidad, parcial, sistematizada, imprecisa, en la que predomina el dramatismo. Mas que enajenación, esta locura parece un estado de conciencia.

Duarte personificaría mejor a Hamlet, pero el Príncipe de Dinamarca no era místico, ni estoico, ni

tuvo su existencia, hondamente adolorida, las grandes crisis que agitaron el corazón de Juan Isidro Pérez. Por esto, Pérez es dos veces Hamlet; su vida está tan íntimamente enlazada a la de Duarte, que el cataclismo de su alma es la repercusión de dos tragedias: la de Duarte y la suya.

No hay dos locos iguales, pero Juan Isidro tiene algo de los grandes locos e iluminados. Don Quijote es un filósofo cuando no se trata de la caballería andante; Pérez es un vidente y un filósofo cuando se anticipa a los juicios de la historia, en las horas de su admirable lucidez.

Hamlet, —visto por Benot, uno de los graves críticos de Shakespeare—, podría tomarse como una pintura parcial de Juan Isidro Pérez: un carácter deseoso de lo bueno, moral por naturaleza y propenso a la meditación; inclinado a lo filosófico, a la poesía y al estudio. Vehemente y apasionado por temperamento, en los instantes supremos esa vehemencia se convierte en audacia e irreflexiva precipitación. Piérdese en dudas, cavilaciones y escrúpulos en horas de pavorosa soledad, o cuando, ya normalizado, tras la desorbitación mental, logra iluminarse la conciencia, hacerse luz en las nieblas del entendimiento. Pero ambos caracteres tienen, también, sus peculiaridades y divergencias.

Pérez no es como Hamlet, “una farsa dentro de una farsa”, sino un drama dentro de otro drama no menos real ni menos íntimo, fuertemente enlazados a su existencia.

Pérez es más humano que Hamlet: es hijo de un sacerdote, de un fraile mercedario, y ya eso basta para que en su conciencia asome por instantes amarga y silenciosa acusación de liviandad contra su madre; y a pesar de ello la ama tiernamente. Hamlet declara que “la fragilidad tiene nombre de mujer”, y, sin embargo, la fragilidad de su madre apenas le enternece; el amor de Ofelia, suficiente luz para iluminarle, no le desvía de su actitud siniestra; va hasta el fin del drama como si clavara, con cruel y fría lentitud, en el corazón del Rey usurpador y de su propia madre, el puñal vengador del padre muerto.

El odio y la sed de venganza oscurecen el espíritu de Hamlet. La venganza y el odio no es lo que enturbia la razón de Pérez, sino el amor de Patria convertido por él en único pensamiento de su vida, ignorante de que el cerebro no es suficientemente poderoso para resistir la persistente destilación de un solo pensamiento.

En el carácter de Hamlet, —al decir de Williams—, hay una perpetua ondulación de sentimientos. En el carácter de Pérez, en sus juicios, jamás hay variabilidad, ni siquiera “sombra de inconstancia”.

Teniendo tanto de real el drama de Juan Isidro Pérez, a veces no parece enteramente humano. Shakespeare no habría necesitado emplear la fantasía en sus escenas; habríale bastado el arte de sus dones poéticos.

Al final del drama desencadenado por él mismo, Hamlet mata y muere. Al morir, como ha realizado su venganza, siéntese feliz y exclama con la dulce sonrisa que selló sus labios:

A mí me resta sólo el silencio.

La última escena del drama de Juan Isidro Pérez, es aún más triste. Su corazón no ha recibido el áspero consuelo de la venganza. Sus amigos yacen en el destierro o en la tumba. Su Patria, en manos de sus crueles enemigos, está en trance de ser vilipendiada nuevamente. El, ¿por qué no ha de comprenderlo?, no es más que un loco...

Durante veinte años ha permanecido Juan Isidro Pérez de la Paz ausente de sí mismo, como si su espíritu se hubiese adelantado a la adusta presencia de la muerte, consuelo y fin en el tétrico drama. Del alma ardiente, del cuerpo vigoroso, del desbordado ímpetu de sus energías, sólo queda el triste despojo de un cataclismo demasiado intenso para dejar en pie la frágil arquitectura humana.

Por su mente han pasado, sin que logren sustraerle de su obstinado ensimismamiento, las escenas del drama heroico de la Patria: las frustradas invasiones de Soulouque en 1849 y 1855; la caída de Santana en 1856; las contiendas civiles de 1857; el restablecimiento de la dictadura santanista; el solemne espectáculo de la Restauración; y el comienzo del ominoso régimen de los seis años.

¡Veinte años! También Duarte, hundido en amargado misticismo, camina hacia la muerte. Hasta la luz de su razón es bien escasa y débil ante el hondo desánimo que le quebranta la voluntad, ya para siempre.

Todavía no bastan esas desgracias ni esas torturas de la conciencia para aniquilar definitivamente la vida del insigne demente. Es el año de 1868: la espantosa epidemia del cólera está diezmando la horrorizada ciudad de Santo Domingo. Por dondequiera hay un cadáver, un moribundo o un convulso. Bonostró, el sin par Anuncio Buenrostro, modelo de servidores, lleva sobre sus hombros, al cementerio, a los infelices apestados, pero pronto cae bajo el peso de un cadáver. El 7 de febrero la terrible muerte viene en busca de la porción de alma que resta en el adolorido ser de Juan Isidro Pérez. El dolor de su carne es tan hondo como el consuelo de su espíritu. ¡Ha muerto!

Ha muerto el trinitario Juan Isidro Pérez de la Paz, sin que nadie lograra penetrar el profundo misterio de su locura, y aún no cae el telón en la trágica escena. Del Hospital Militar lo llevan a la carrera al cementerio de los coléricos, no lejos de la Puerta de El Conde. No hay allí una mano amiga que cave una fosa para sus tristes despojos; ni una cruz que sea, al mismo tiempo, símbolo cristiano y señal de sus padecimientos. La arcilla mortal, blanca, noble, palpitante, en que animó el alma del Ilustre Loco, ha quedado perdida en la zanja común, junto



**Su arcilla mortal quedó perdida en la zanja común...**



a los oscuros muertos de este día, como si sus adversos hados quisieran, para coronación de su infortunio, hasta negarle la gloria de que la posteridad honre sus restos.

¡Infortunado prócer! ¡Desdichada víctima del amor a la Patria! Frente a tí, **Ilustre Loco**, sublime loco, Hamlet del patriotismo, si la Patria se hubiese convertido en una Ofelia habría caído en las fatales aguas de su historia, y habría quedado como ella, hasta perder la vida, flotando largamente sobre las turbias ondas...





## INDICE

	<u>Páginas</u>
LIMINAR, por el Dr. Fed. Henríquez y Carvajal...	9
I <i>La idea separatista</i> .....	17
II <i>La Trinitaria</i> .....	23
III <i>El Teatro</i> .....	29
IV <i>Terremoto</i> .....	45
V <i>La Reforma</i> .....	49
VI <i>Persecución y éxodo</i> .....	57
VII <i>Libertad</i> .....	67
VIII <i>En la Patria</i> .....	75
IX <i>Destierro</i> .....	83
X <i>Locura y lucidez</i> .....	95
XI <i>Retorno</i> .....	109
XII <i>Final de la tragedia</i> .....	113



## COLOFON

**Este libro, *Juan Isidro Pérez, el Ilustre Loco*, segunda edición aumentada y corregida, y con dibujos de José Alloza, se terminó de imprimir en los talleres del impresor Virgilio Montalvo, el día 25 de febrero, natalicio de Ramón Mella, año del Centenario de la República.**



